



Conversas llaneras

O el viejo roble llamado Avelino

REINALDO BOLÍVAR


ELPERRO
yLARANA



Conversas llaneras

O el viejo roble llamado Avelino

1.ª edición impresa Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

1.ª edición digital Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

© Reinaldo Bolívar

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte,

Piso 21, El Silencio

Caracas -Venezuela 1010

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: El perro y la rana

X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Edición y corrección

José Jenaro Rueda R.

Diagramación

Odalís Vargas / Arturo Mariño

Imágenes interiores

Reinaldo Bolívar

Diseño de portada

Andrea Cumana

Imagen de portada

“Paseando por la historia del Guárico”. Aquiles Silva. En: <http://traslahuelladellibertador.blogspot.com/2011/05/paseando-por-la-historia-del-guarico.html>

Hecho el Depósito de Ley

ISBN 978-980-14-5560-8

DC2024000798

Conversas llaneras

O el viejo roble llamado Avelino

REINALDO BOLÍVAR

Índice

Prólogo	13
Carros de antier y arepas de maíz pilao	17
La Negruzca y los caballos cachilapos	21
Palma Bendita	29
El coter	31
El autobús de todos los días	35
María Zapata	39
El “Burro Magdalenero”	43
El perro blanco	47
Tomasa y las ánimas	53
El segundo telegrama	57
El velorio de Luis Motor	63
Las lavanderas	69
Los colores del llano	75
La camioneta y el morrocoy	79
La sabana se defiend	85
Cabalgando en la llanura	89
Trabajando en los maizales	97
Te llamarás José, María o Ramón	105

La cura contra el veneno de cascabel	109
Las fiestas patronales	113
Avelino y las estrellas	121
Hora de partir	123
Perucho habla de las bicicletas del pueblo	127
Perucho y los temores de Avelino	131
El trajinar de los años	135

Agradecimiento

*A mi paisano Roiman Guzmán
por la lectura detenida de estos textos
y por sus valiosos aportes literarios.*

Dedicatoria

*A los hombres y mujeres del llano guariqueño,
por mantener viva la identidad de nuestros pueblos
a pesar de la voracidad de progreso.*

*A cada persona que se sienta aludida
en estas páginas imaginarias; sus nombres
son un homenaje a la paisanidad.*

Prólogo

Desde la publicación de *Diario de un llanero*, de Antonio José Torrealba; historias de Torrealba que describían vivencias del llano; “una obra formidable sobre la vida llanera” –según el maestro Ángel Rosenblat–, inspiradora y fuente de las monumentales novelas galleguianas *Doña Bárbara* y *Cantaclaro*; ya se sabía que existían desde mucho antes una forma genuina y auténtica de contar y revivir la cotidianidad de la rica tradición oral venezolana, y luego escrita, hecha obra literaria y hecha oficio de escritor.

Nuevamente ficción y realidad, vivencia y creación literaria, se confunden en esta obra con magistral sencillez como el mismo llano, como la misma gente, que más bien, igual que la narrativa, no es tan sencilla como aparenta. No es tan sencilla, como nos invita y se invita a reconocerse, sino que es como el pensamiento, como la naturaleza toda: fácil de percibir, compleja en comprenderla, como esa misma naturaleza cuya contemplación por sí sola nos brinda su belleza transparente y espontánea, y cuya racionalidad, osada y arrogante de la humanidad –desde luego, en su honesta e ilusa intención– la reduce, y entonces emerge compleja, inaccesible.

Así también es la narrativa de Reinaldo: aparentemente sencilla, espontánea, siempre honesta, lo que ya nos dice de un escritor comprometido con valores auténticos, pero no carente de profundidad cuando literariamente se le hurga; y

en la simbología y en el discurso desde el oficio de la crítica, sin lugar a dudas, se puede concluir que estamos en presencia de un contador de cuentos, heredero y legatario de esa valiosa herencia cultural venida de su pueblo llanero, San José de Tiznados, y un contribuyente sólido de la literatura venezolana.

Hoy Reinaldo Bolívar, aun cuando ya se había asomado con su libro *El libro perdido de los cuentos en el Rincón*, nos presenta una obra distinta a quienes nos tiene acostumbrados a la Historia, a la honra de los personajes históricos de la patria, como Juan Germán Roscio Nieves, en su libro *Los olvidados del Bicentenario*; a los personajes que no han tenido voz e invisibilizados, como su obra *África, la historia no contada*; al pensamiento bolivariano, con su publicación *Simón Bolívar hijo de Hipólita, pupilo de Matea*; también, sus producciones intelectuales a través del Centro de Saberes Africanos, Americanos y Caribeños, institución que fundó y que dignamente preside; así como sus ensayos y publicaciones periódicas de alto contenido social, crítico y de geopolítica internacional, como experimentado diplomático, inscritos en el discurso y en la producción descolonizadora del pensamiento y en la siempre historia insurgente, de marcada característica venezolana en toda su historia, prehispánica –en esta parte del continente–, colonial, republicana y contemporánea.

Pero hoy es una historia y una obra literaria inscrita en el criollismo y costumbrismo, no carente de transcendentalidad y universalidad, justamente empezando por lo humano, por las emociones, la pasión, la cotidianidad, las vivencias del hombre y la mujer en su relación con la naturaleza, consigo mismo y con lo demás; en el acontecer de la vida y sus vaivenes para subsistir, material y espiritualmente, en

un mundo como el actual en que, ante la amenaza de la superficialidad, frivolidad y excesivo individualismo, se celebra una contribución como esta, que nos aleja de aquellas amenazas y nos ofrece una oportunidad de reencuentro humanizador y revalorización de nuestras tradiciones, de posibilidad de mayor arraigo y de identidad regional, para afianzar valores necesarios que nos brindan conciencia de ser y estar.

Esa conciencia de ser y estar a través de la literatura. Esta literatura de Reinaldo Bolívar, a través de ese viejo roble de Avelino y sus historias y su pueblo, su existencia real o ficticia –por lo que ya dijimos–, de ficción y realidad, nos brinda la posibilidad de poder experimentar a través de la lectura una sensación de conexión con algo más profundo y trascendental, y obtener una mayor claridad sobre nuestra verdadera naturaleza y propósito en la vida. Y saber dónde estamos en momento presente y despiertos en momento actual, sin juicios ni identificaciones con pensamientos o emociones alejados del prójimo y de nuestro entorno social, y por supuesto; con la posibilidad de una mayor autenticidad, compasión, aceptación y crecimiento personal, sin complejos y orgullosamente valorados en su justa dimensión social.

ROIMAN GUZMÁN
Abril de 2024

Carros de antier y arepas de maíz pilao

“Hora de partir. ¡Ahora sí es verdad!”, dijo el viejo Avelino, recostado en el antiguo sillón forrado de remiendos de cuero y tela, que de cuando en vez le reparaba su sobrino Emilio, quien siempre tuvo la humanidad de visitarlo al menos una vez a la semana para charlar con él sobre los mismos cuentos de antes; cuentos que, a fuerza de repetirlos, se hacían más graciosos y con nuevos personajes.

—Yo creo que ese era Pedro, el de la señora Petra.

—Sí, sí, era él —evocaba Avelino.

Pero ese Pedro no había estado en la versión anterior de la jocosa anécdota de Avelino, presto a narrarla cada vez que estaba de ánimo —vale decir, casi siempre— y que le arrancaba carcajadas a los presentes, que en el fondo, para saber más del pasado del aislado pueblito llanero, permanecían atentos a aquellas historias autobiográficas; tanto de aquel viejo fuerte y recio como de la otra gente de los demás barrios y de poblaciones vecinas. Si no hubiera sido por su historia, que albergó a héroes patrios en su infancia; y por su río, que hacía que todo lo que se sembrara por esos suelos se diera, al pueblo de Avelino pocos lo conocieran porque por allá no pasaba ninguna carretera nacional ni de estado.

Avelino, con su voz grave y fuerte, le contaba, esta vez, a su sobrino Emilio:

—Eso fue cerca de la casa de la señora Teodosia, pariente de María Zapata. Su casa hacía esquina con el taller de Luis Motor, que no se apellidaba Motor, sino que como nadie le conocía el apellido y como en este pueblo hay muchos *Luises*, pues lo apellidaron “Motor”, porque reparaba motores de carros y camiones. Él mismo se presentaba muy orondo: “Mucho gusto... Luis Motor, a sus órdenes”. Después hizo como la gente común y se murió tranquilo, dejándole su nombre a esa esquina y el negocio a un hijo de él, que, como nadie se acordaba cómo lo mentaban, cogieron por decirle “Motorcito”; este cambió el ramo de reparación de motores a arreglo de cauchos y venta de cervezas “bien frías”.

Motorcito también sabía jugar muy bien al dominó, por lo que puso al frente de la casa como tres mesas cuadradas de madera que él mismo hizo, y los sábados, ¡pa qué le digo!: se formaban unas partidas allí, hasta la última cerveza, porque Motorcito siempre se negó a vender ron o caña blanca. “Eso pone a los borrachos, impertinentes”, explicaba.

—Esa casa de Luis Motor aún está allí, tío; siempre la pintan de azul y blanco. Todavía reparan cauchos, pero ahora es otro señor, José Enrique, el de Ana Luisa.

El tío asintió y agregó otro dato sobre la vivienda de Luis Motor:

—Aquella fue la primera casa cuadrada y de una sola agua del pueblo. Era un negocio, como el de los *musiúes*. Esos extranjeros construían las casas cuadradas y altas, como una caja de meter cartones de *ñemas* de gallina; los últimos bloques tenían huecos para que el aire pasara y el techo era de ese zinc del duro. La casa se parecía a un galpón chiquito, aunque la de Motor era grande, con su buen

patio en la parte de atrás, donde comenzaba la sabana del pueblo, por el lado donde sale el sol. Aquí en el pueblo no había muchos carros, solo los camioncitos 350 de los finqueros con real, que serían unos diez; unas ocho camionetas *pick up* y los tractores, que servían pa todo: pa *tirá* las rastras, pa la cosecha, pa *jalá* la zorra donde iban los obreros y pa *tumbá* los palos verdes de la sabana.

—¿Cuál es el carro más antiguo que se ha visto por aquí, tío Avelino?

—Que yo me acuerde, una camioneta Ford de los años cincuenta, con tres puestos *alante* y la parte de atrás, que tuvo Domingo, el sacristán; era tan vieja que prendía con manivela. Esa bicha hacía un escándalo pa'*rrancá*, que ni le cuento. Pa *prendela*, el que giraba la palanca hacía un *fuercero*. Cada vez que la camioneta salía de un sitio, ¡roa!, ¡tatata!; ¡roa!, ¡tatata!, aquel estruendo. Todo mundo se enteraba. Pero a pesar de lo viejita, Domingo la mantenía rodando y en ella iba con sus hijos a una parcela que tenía fuera del pueblo; y en esos campos donde la gente andaba a pie, en mula, burro o caballo, a más de uno le daba la cola. Hasta hace poco no más fue que se la vendió a un señor coleccionista de carros de antes.

Emilio miró hacia el techo, como imaginando a Domingo, el sacristán, girando la manivela y corriendo a subirse a la camioneta. Avelino continuó con la historia:

—Yo me acuerdo que Luis Motor colocó a la orilla de la carretera un caucho enorme de tractor, que ya no servía, y le escribió con pintura blanca “Cauchera LM”. Como tenía un compresor de aire, en los meses de la cosecha —de agosto a octubre—, los camioneros que pasaban hacia la carretera principal se paraban a medir la presión de los cauchos o

repararlos, si se le metía algún clavo a un caucho; o pa tomarse una cerveza bien fría.

Cuando llegaban esos conductores, la señora Tomasa, vecina de María Zapata, aprovechaba para hacer unas arepas bien resueltas, que rellenaba con perico, queso, o con carne guisada; y mandaba a un nietecito a que se las vendiera a los camioneros, unos señores bien barrigones que comían con ganas. Primero ponían cara de “no tengo hambre”, pero cuando el carajito abría la cava de anime, el embrujador olor les despertaba el hambre y arrasaban con las arepas; hechas de maíz *pilao* por un buen tiempo, hasta que llegó la harina blanca, que hizo que el negocio para Tomasa fuese más suave, pero la ganancia mucho menor. Sin embargo, ella conservó el secreto de asarlas en horno de leña, en su budare de barro cocido.

Hubo unas veces en las que los *dominoceros* sabatinos le pedían a Tomasa que les preparara unas arepas y, si se las hacía pequeñas, le decían: “Tomasa, hágalas como pa camioneros”. Tomasa se hacía la loca, pero entendía.

Luis Motor soltaba unas grandes risotadas porque Tomasa se ponía colorada con las palabrotas de los choferes: “Respeten que hay una dama presente, ¡je, je, je, je, je!”.

Luis Motor fue el hombre más conocido en el pueblo debido a su buen trato, amable y sincero, de atender a la gente en su taller, que, más bien, parecía un club familiar. Además, fiaba.

La Negruzca y los caballos cachilapos

Emilio le sirvió un tarro de agua. Avelino, con sus manos callosas, lo sostuvo a la altura del ombligo. Miró el vaso y le dio un movimiento de olas al líquido, como quien cata un vino. Se tomó un buen trago, colocó el tarro sobre un banco de madera sin pulir, pintado de marrón con polvo, casi tan viejo como él, y siguió hablando:

—Me estoy acordando de las partidas de *caída* en el botiquín de Ñáñez —refiriéndose al juego de barajas de naipes—. El botiquín de la esquina, más acá de la iglesia, en la calle que usaban pa los toros coleados en las fiestas patronales. Ñáñez vivía en una cuadra donde solo había dos casas, ¡así serían de grandes!: la de él y la de Ramón Blanco, el arpista. Cada quien llevaba sus propias barajas y cuando perdía más de dos manos las sacaba y decía: “Vamos a jugar con las mías”. Pa mí, el canto más sabroso era: “¡Se cayó, carajo!”, y el “¡Caída y mesa limpia!”; pero el que más molestaba al contrario era cuando le tiraba la baraja sobre la otra: “¡Se volvió a caer!”. Ahí era cuando saltaba el caído, gritando: “¡Cambio de barajas! ¡Jugamos con las mías!”.

Diciendo eso, Avelino intentaba una carcajada de aquellas que contagian a los cercanos, pero en su lugar lo atacaba una tos seca que lo obligaba a reacomodarse en el sillón.

—Tome más agua tío. Venga y lo ayudo —le aconsejaba su sobrino Emilio.

Avelino, bebía. Primero para pasar el malestar, pero luego se acordaba de cuando era joven y campaneaba en su mano un trago de aguardiente; y retomaba su grandeza de hombre que ha vivido al borde de la felicidad, reanudando el habla:

—Carajo, Emilio, se me ha venido a la mente tomarme, más bien, un palo de ron puro. Eso es mejor pa *eliminar* estos. Hace meses que no tomo ni papelón con limón como remedio —insinuó, ensayando una risa breve—. El Negro Bermúdez, el dueño de la finca La Negruzca, donde trabajé de encargado varios años, llegaba una vez al mes con la maleta de la camioneta *full* de ron, wiski, quesos amarillos y cervezas de potes, extranjeras. Él vivía pa arriba, en la capital. Se bajaba del carro vociferando a todo gañote:

—Avelino, agarre ahí esa botella pa usted y otras tres pa los peones, pero primero tómese un trago de wiski conmigo, me echa los cuentos y se va a lo suyo. Mire, pruebe este queso de bola, es holandés. ¡Qué vaina tan buena, Avelino!, ¿verdad? Agarre más. Mándele a dar a los muchachos con pan francés. Vaya, vaya... ¡Espérese!, ya va. Mañana jugamos una partida de dominó, ¿qué le parece? Le voy a dar una pela que se va a acordar toda su vida.

Avelino, acostumbrado a esa entrada animosa del dueño de La Negruzca, le contestaba como con el mismo ánimo:

—Bienvenido, patrón. ¡Qué bueno está este wiskicito, mi don! Y este queso de bola, ¡mmm!, se deja pasar. Aunque yo le tengo un queso llanero fresquecito. Como usted debe estar cansado de este amarillo, mañana se come unas cachapas con el blanco. ¡Eso sí es queso! Temprano mando a buscar los jojotos, pa que se *jarte* con las cachapas que hace Plácido, ¡son calidad!... Déjeme ver esas botellas... A esos muchachos se les va a hinchar la boca con ese ron tan

caro –comentaba, mirando las botellas que Bermúdez había puesto sobre una mesa–. Pues vamos a jugar esa partida de dominó. Usted me dice con quién quiere ir de pareja, patrón; y mejor no apueste, porque lo que le viene es una cueriza, así tenga las piedras marcadas.

Bermúdez se reía del reto amistoso del capataz, que había aprovechado para servir otros dos wiskis con hielo.

Así rememoraba, Avelino, los encuentros con el *Negro* Bermúdez, reacomodándose en el sillón y, de este modo, adelantándose al acceso de tos:

—No me haga reír, Avelino, que a mí me llaman –los que saben– el *Tigre de Carayaca*. Usted no ha empezado a jugar y ya se está entregando. Póngame la pareja que quiera, que por donde venga le doy –me decía Bermúdez–. Luego cambiaba la conversa, apuraba el trago, miraba hacia el monte y como un muchacho que acababa de llegar a un lugar muy bonito, hablaba como pensando: “¡Ah, qué sabana tan bonita, Avelino! No dejo de admirar esta belleza. Le voy a decir algo, Avelino, por la confianza que le tengo: cuando vengo para el llano no me explico por qué paso tanto tiempo en la ciudad, si allá no hay nada que ver. Aquí tenemos noches llenitas de estrellas, tantas que no sabe uno por donde comenzar a contarlas”.

Avelino lo interrumpía, mostrando preocupación por la intención del *Negro* Bermúdez, que de negro solo llevaba el sobrenombre, pues era un hombre blanco, al que por el epónimo de la finca La Negruzca, para referirse a él, en su ausencia, lo apodaban “el *Negro* Bermúdez”:

—Las estrellas no se cuentan, patrón. Se muere la gente en el intento o se vuelve loca. Y usted, como es larguirucho y flaco, va a parecerse al Silbón, si las estrellas, por contarlas, lo ponen a loquear.

—¿Quién le dijo a usted que la gente se vuelve loca por contar las estrellas?

—La abuela María Eloísa —que en paz descanse— lo decía y a ella también se lo dijeron sus abuelos.

Así, el *Negro* Bermúdez, un hombre delgado y alto, con el sombrero texano y las botas vaqueras que le gustaba ponerse para ir a la finca, se quedaba mirando el techo del llano y se llenaba la vista de los luceros del cielo. Entonces se sentía el hombre más feliz de la ciudad, sin la ciudad.

Emilio, confundido por el palabrerío, le volvió a pedir aclaratoria al tío:

—Yo pensaba que lo de Negruzca era porque al dueño blanco lo llamaban “el *Negro*”, por cariño, pero es al revés. Entonces, explíqueme tío de dónde salió el nombre de la finca.

—Lo que pasa es que en esas tierras hubo tantos palos de todo tipo, que se formó un montarral espeso y trancado, que el verde se veía tan oscuro que más bien parecía negro. Así que los fundadores, creo que una gente apellidada Ceballos, a los que los Bermúdez les compraron, pa *dase* una idea de lo oscuro de aquel terreno las llamaron “La Negruzca”, y con el tiempo los peones empezaron a mentar al patrón, cuando no estaba, “el *Negro* Bermúdez”. Invento de la gente pa *ayudase* con la memoria.

—Mire, Emilio, aquella finca sí era grande. Como diez leguas de tierra —recordaba Avelino.

—Hábleme en hectáreas, tío, que ya legua no se usa hoy en día.

—Muchacho pa bruto... Diez leguas son como cinco mil hectáreas. Vainas de los terratenientes. A mí, después

de la venta de La Negruzca, no me quedaron ni leguas ni hectáreas ni siquiera *conuquito*... Mire, si yo le contará la cantidad de caballos cachilapos que había en esas sabanas de La Negruzca. Cuando empezaron a deforestar para sembrar maíz y sorgo, los patrones mandaban a sacar a los caballos cimarrones. Eso eran arreos y arreos grandes, como en la propaganda de cigarros que pasaban por la televisión. Potrillos, potros, potrancas, yeguas, caballos; blancos, negros, bayos, alazanes, pintados. Esos animales andaban sueltos, briosos, encabritados, persiguiéndose entre ellos; a veces bravos, peleándose por las hembras, con los dientes pelaos; a veces contentos por la llegada de las lluvias, con la cola alzada como una antena. Corrían, corrían, derecho, de lado, en redondo; se levantaban, inmensos, en dos patas, como bailando triunfantes. Relinchaban para saludarse, para llamarse o para burlarse de los caballos mansos en los que nosotros cabalgábamos. Hasta que llegó la orden de atraparlos y subirlos en los camiones para sacarlos de sus correderos.

—¿De la autoridad o de los Bermúdez, tío? —preguntó el sobrino.

—De los dos. *Naiden* actúa solo cuando se trata de embromar a otros, sea cristiano o sea animal.

Avelino hacía una larga pausa, como para que el sobrino asimilara el mensaje y proseguía:

—Como le estaba contando, los vaqueros perseguían a los caballos hasta que los rebaños se acorralaban, chocando las empalizadas buscando una salida, en los potreros. A los más cerreros, que eran los caballos *mandamases*, había que enlazarlos y maniatarlos; de lo fieros que se ponían echaban espuma por la boca. Cuando los vaqueros los arreaban para capturarlos, dejaban de retozar y trataban de *juir* hacia sus

santuarios, montaña adentro, pero los vaqueros, contratados para los arrees, aparecían de la nada.

Un par de jinetes, los más diestros, galopaban detrás de la yegua madrina, la líder de la manada; otros dos, se concentraban en atrapar al padrote o semental del grupo que luchaba por proteger a los suyos del repentino ataque de los humanos. Otros vaqueros rodeaban al resto del atajo para hacerlo seguir el destino de la yegua guía. Ante el constante acoso de los jinetes, los relinchos se hacían lastimeros. La caballada, desorientada, era obligada a acorralarse y, una vez encerrados en los corrales, sus relinchos sonaban como alaridos al viento clamando por la sabana.

A los pocos días los encaramaban sobre los grandes camiones. Los subían por una manga hecha de listones resistentes de madera. Los vaqueros se ayudaban con unos bastones eléctricos, llamados garrochas, para vencer la resistencia de aquellos atribulados animales. Una vez que se llenaban las jaulas de acero de los inmensos vehículos, la caballada era llevada lejos de aquellos predios de La Negruzca.

Yo nunca supe adonde fueron a *tené* aquel montón de caballos —comentaba Avelino—. Me daba ira preguntar o, más bien, tristeza de no volver a verlos más correr sin falsetas en la lejanía.

Con el tiempo —seguía el tío, apesadumbrado—, se acabaron los caballos cachilapos del llano. Una parte de la finca se llenó de sembradíos y la otra de reses para el ordeño y la carne beneficiada. Los trabajadores se fueron acostumbrando al ordeño y al pastoreo, a escuchar el mugir temprano de las vacas y al berrido ansioso de los becerros, que es como un contrapunteo entre mamá e hijo.

Avelino, ante la sonrisa atónita y aprobatoria de Emilio, imitaba, cual chiquillo, aquellos diálogos vacunos:

—¡Muuuuu!

—¡Beee!

—¡Muuuuu!

—¡Beee!

—¡Muuuuu!

—¡Beee! ¡Beee! ¡Beee!

—¡Muuuuu!

El rostro zambo de Avelino, con sus ojos negros, pequeños, se contraía risueño. Con sus grandes manos realizaba movimientos de ordeño cual si lo estuviera viviendo. Su sobrino lo observaba atento, como quien disfrutaba de una buena película:

—Hasta que el becerrero los junta y el ternero le da trompadas cariñosas a la ubre de su mamá —concluía Avelino, pensando en aquellos momentos de caballos cimarrones dominando el paisaje verde oscuro de La Negruzca.

Palma Bendita

Un día el indio Ruperto, uno de los peones de la tripulación de La Negruzca, andaba reparando las empalizadas de los linderos para que no se escapara el ganado hacia al lado del fundo vecino, cuando de repente escuchó un ruido de animal en un matorral de guásimos y de gamelotes que tenía una palmera en el medio. Empuñó el machete y se entró cuidadosamente al monte. Al sentir la presencia del hombre, el animal salió saltando con dificultad. Parecía un perro grande o un cunaguaro o un araguato; se parecía a todo eso menos a un potrillo flaco y desvalido, pero era un potrillo huérfano, un caballito que quedó abandonado después del último arreo de caballos cachilapos.

Ruperto se le acercó despacito, casi sin pisar. El animalito estaba exhausto, sediento, hambriento, pero deseoso de vivir. El indio lo tomó entre sus brazos y se lo llevó a la vaquera.

Sin mayores comentarios, entre los compañeros que lo observaban buscó la leche más fresca que aún quedaba del ordeño del día, le agregó agua y azúcar para que supiera a la leche de yegua, y con paciencia se la hizo tomar al caballito.

Nadie dijo nada, pero todos, en su interior, pensaban que el pequeño crío era lo que quedaba de aquellos hatajos de bestias salvajes, cuyos galopes en el horizonte les daban tanta contentura a quienes los veían.

Ruperto hizo para el potrillo un pesebre de paja y lo arrecostó allí, mientras le sobaba la cresta, hasta que el huérfano crío se durmió.

Al día siguiente, de madrugada, Ruperto puso al potrillo junto a “Camaguán”, la vaca más mansa, la que no tenía reparo en dar de mamar a terneros que quedaban huérfanos. El animalito al principio se asustó, pero “Camaguán” lo miró con cariño maternal y entonces el potrillo enclenque mamó de su ubre, con confianza. Así lo hizo cada madrugada, hasta que al cumplir los seis meses Ruperto lo destetó y lo puso a pastear:

“Camaguán, Camaguán,
Camaguán de monte florido,
se parece al Orinoco
cuando está recién crecido”...

Cantaba Ruperto todas las madrugadas, mientras el caballito mamaba.

“Te vas a *llamá* ‘Palma Bendita’, compañero” –le susurró al potro bayo, que con el tiempo creció en los potreros de La Negruzca y de grande pasó a ser el caballo de Ruperto; y ya viejo lo dejaron en los patios de la casa grande porque era mansito como Camaguán; así, Palma Bendita se hizo parte del paisaje, el último caballo cachilapo de la sabana.

El coterero

Avelino cerró los ojos y de memoria puso el tarro vacío en la silleta de madera, tapizada en cuero crudo, que estaba al lado del sillón. Emilio se dedicaba a arreglar unas matas sembradas en latas, potes plásticos de leche de un kilo y baldes viejos, que pasaron de llevar agua a convertirse en unos materos coloridos, ollas y canarines, que en la medida que iban cumpliendo su tiempo en la cocina iban siendo ascendidos a materos.

Era en ese momento cuando el anciano tío acusaba el cansancio; jamás ninguna enfermedad lo tumbó. Trabajaba como el mejor de los peones. De buen comer; amante de la faena llanera, de la canta criolla, de esa tranquilidad que va del mediodía a cuatro de la tarde, cuando el sol *pelao* obligaba a los llaneros a reposar debajo de una mata de mango o de mamón o de un cotoperís. Habilidoso con las manos para componer cualquier aparato de la casa, de carácter fuerte pero nunca terco, respetado y querido en la comarca. Nadie recordaba haberlo visto con catarro o gripe ni alergias ni migrañas. Extraordinario jinete, podía enlazar y tumbar al más mañoso de los toros; queseaba, sembraba; usaba la escardilla, el machete y el garabato con tal destreza que nunca se hizo ni un rasguño ni hirió a nadie cerca de él.

En tanto Avelino *siestaba* en el sillón, Emilio barría con un rastrillo de metal los patios que estaban llenos de hojas de mamón y de las flores blancas de merecure, que tanto

atraen a los azulejos y tucusitos. Arrumó la hojarasca alrededor de los troncos y las salpicó con agua. Se lavó las manos, buscó una ollita y puso a hervir agua para preparar el infaltable café de las tres de la tarde. Acomodó la manga en una jarra, le echó tres cucharas grandes de café y agregó el agua hirviendo, como para cuatro tasas grandes, no fuera que se apareciera alguien de visita por ahí. El provocador aroma se esparció por el corredor, se regó, oloroso, por entre las ramas del mamón y alertó el olfato de Avelino, que despertó de su acostumbrado descanso.

—¿Ya coló, Emilio? Huele sabroso. Eche pa'cá una tasa... Esos tazones de peltre los compró Paula Juliana a un coterero que venía al pueblo cada dos semanas. Eran seis tazas con sus platicos. ¡Caracha, está caliente...! Como que lo hizo con candela... Sabroso, mijo.

Y diciendo esto, pasaba a decirle a Emilio lo que recordaba del coterero:

—Al que venía al pueblo a vender mercancía *fia* le llamaban *coterero*. Lo apodaban así porque se le pagaba por cuotas. Aquel coterero, del que le habló, manejaba una camioneta como de los años finales de *perejiménez*. En esa camioneta vieja cruzaba toda esa carretera de tierra, navegando entre huecos. Llegaba con los cauchos medio *espichaos*, derecho a casa'e Luis Motor, donde mientras le ponían al día las ruedas de la camioneta, se zampaba cuatro arepas de distintos rellenos, de las de Tomasa, que algunos días iba ella misma a vender. La mujer siempre le preguntaba al coterero lo mismo: “¿Cuándo se va usted, señor coterero? ¿Qué traje en esta vuelta? Yo lo que necesito es *un saltén* nuevo, porque el que tengo ahora ta ya como un carbón. Con uno nuevo, la carne y el revoltillo van a quedar más gustosos... ¿Y de aquí va pa la plaza, coterero? Esas mujeres lo están esperando.

Bueno, las que tienen pa *pagale*, porque las que no tienen plata no salen y van a dejar dicho con los hijos que no están. Ja, ja, ja. Yo las conozco. Pero no se preocupe, esas le pagan en la próxima *vení* suya. ¿Trajo paños para secarse el cuerpo? ¿Y sábanas? Ya va a *vení* diciembre. Hay que *aprovechá* que ya están pagando las cosechas. Aproveche para que venda y cobre, señor coterero”.

El coterero se iba comiendo todo, apenas asintiendo con la cabeza a las retahílas de Tomasa. Después se tomaba, ¡glup, glup!, dos cervezas bien frías. Sacaba unos billetes nuevecitos y pagaba de más. Otra vuelta, buscaba en una bolsa de tela, marcada con la letra “R”, algo útil para el negocio de Luis Motor. Esa vez le dejó un par de cortaúñas, dos destapadores grandes para las cervezas de botella y una gorra con el logo de la escudería Ferrari. Luego, muy misterioso, registró en una caja de cartón y sacó de allí una sartén grande, reluciente de lo brillante. Casi bailando, caminó con saltitos graciosos hacia Tomasa, que aún tenía la cava de las arepas en la mano: “Aquí le traje el sartén, misia Tomasa”.

Tomasa, que estaba cuajada de la risa con los pases de aprendiz de saltimbanqui del coterero, preguntó o, más bien, se defendió de aquel ataque repentino del vendedor:

—¿Y cuánto vale eso, señor coterero? Yo ahora no tengo pa *pagá* cuotas de corotos.

—No se preocupe, me lo va cancelando con las arepas. Vamos a poner... veinticuatro arepas rellenas y me paga el sartén en seis partes, pero no vaya a andar diciendo el trato que hicimos, si no, todo el mundo va a querer pagarme con arepas y no voy a poder con la gordura.

Tomasa se serenó y cambió la cara de sorpresa por una sonrisa inmensa que le iluminó el rostro curtido por el sol. Puso la cava de anime en una mesa, recibió el deseado

utensilio y lo examinó maravillada. Hasta la cara se miró en pulido metal que de puro nuevo relucía como un espejo.

—Asina sí, señor coterero. Tenemos *saltén* nuevo. No le diré a *naiden* y usted ya no se va a poner como un marrano, je, je.

—Agarre su sartén por el mango, pues, Tomasa.

De seguida, el coterero alzó los brazos con un sonoro “ta-taaaaan”, que casi hace que la buena mujer le diera un buen abrazo, pero se dio cuenta de que Luis Motor estaba presenciando la escena, muy divertido él.

El autobús de todos los días

María Zapata cruzó por el frente de la cauchera, se paró un ratito debajo del roble que sirve de parada para esperar el autobús que pasa por allí, ida por vuelta, todos los días.

El bus salía a las seis de la mañana en punto, corneteando: ¡Tuturutú, tuuu, tuuu, rutú! Y regresaba a las dos de la tarde, puntual, corneteando: ¡Tuturutú, tuuu, tuuu, rutú!, haciendo voltear a los paisanos estuvieran donde estuvieran, ansiosos de la novedad, curiosidad, o con la secreta esperanza de que alguien conocido hubiese llegado en ese viaje. La gente bajaba empolvada de amarillo tierra —porque el bus era un conservado Bluebird del año 1960, sin aire acondicionado, por lo que el calor obligaba a los viajeros a abrir las ventanas—; descendían con bolsas de ropa nueva, zapatos, comidas, entre otras variedades de artículos que, seguramente, habían comprado más baratos que en la bodega del coriano Dionisio o la de Gondellez.

Avelino miraba el vaivén de las personas en torno al autobús. Mientras, se tomaba el café sorbo a sorbo y recordaba algo nuevo que contar con cada sorbo:

—Cuando yo andaba pa'riba, pa la capital, me daba un sentimiento bonito ver ese autobús azul con amarillo y verde, todo pintadito como una mujer buenamoza que va pa un baile. Uno se montaba en ese autobús e iba hablando de todo y de nada. A veces uno se ponía a ver los palos del monte como si fuera la primera vez que pasaba por ahí. Las

palmas llaneras que siempre están reverdeciendo *haiga* o no *haiga* agua...

En ese punto hizo una pausa, miró hacia arriba y le comentó a Emilio:

—Hace tiempo el techo de esta casa era de palma llanera. Cuando yo, montado en ese bus, veía aquellos palmares, me daban como ganas de ponerme a cantar.

Hizo otra pausa, como persiguiendo las imágenes que guardaba en su memoria, de aquel genuino transporte. Emilio dio un vistazo al techo de láminas de zinc. Avelino suspiró largo y continuó:

—En el autobús, los que estaban muy estropeados del trajinar por la ciudad aprovechaban el viaje para darse un buen camarón y olvidarse del sofocante calor. Ya en el pueblo, el bus reparaba vecinos por toda la calle principal. Nunca *vide* que le repararan un caucho a ese carro en el taller de Luis Motor, porque toda la mecánica se la hacían en la capital. Los asientos de cuero, pintados de rojo, se mantenían bien cuidaditos; el polvo del camino los respetaba, además de que el colector estaba pendiente de conservarlos. Ese bus también servía de encomendero. Yo me acuerdo que se paraba en la esquina de una casita de barro, donde funcionaba el correo, y hasta allí llegaban los vecinos a preguntar si les habían mandado algo. Domingo, el conductor, que se sabía de memoria casi todos los nombres y apellidos de los jefes de familia del pueblo, se encargaba de verificar: “¿Usted es Joseíto, el de Eustaquia Pellicer?... ¿Tú eres Eleuterio, el de Bartolo Quijano?”

Y como el mentado dijera que sí, Domingo le entregaba el paquetico respectivo que hacía que Joseíto o Bartolo cogieran su encomienda y, muy contentos, salieran corriendo a llevarlo a sus respectivas casas. Cuando terminaba la

rápida ronda, el carro arrancaba: ¡Tuturutú, tuuu, tuuu, rutú! “¡Hasta mañana!”.

A los niños les encantaba ver pasar el autobús y oír sus puntuales cornetazos. Lo llamaban, algunos, “El Morrocoy”; y otros “El Burro”, pero siempre con mucho cariño porque era el único transporte de pasajeros de estos pueblos.

María Zapata

María Zapata caminaba, como contando los pasos, rumbo a la plaza. En los primeros tiempos su andar era firme, pero luego, con los años, producto de sus mermadas facultades físicas, en su lento caminar se vio obligada a usar un bastón, una vara un poco larga para ella. Teodoro Rojas, que tenía sobrenombre para todos, le decía que se parecía a Moisés, el de la Biblia; ella apenas sonreía ante la ocurrencia.

Siempre usaba vestido oscuro, de falda larga y se cubría la cabeza con una pañoleta también oscura, que le adornaba la cabeza y al mismo tiempo la protegía del ardiente sol. No era negra, no era indígena. Cuando se soltaba el cabello le decían “india”, cuando lo cubría con la pañoleta la llamaban “negra”. Solía detenerse a saludar frente a algunas casas conocidas; poco hablaba, su sola presencia era un saludo. Las señoras de casa, contemporáneas con ella, la saludaban con la misma frase día a día:

—¿Pa'ónde vas por ahí, María?

Y ella también les daba la misma respuesta de todos los días:

—Pa'hí mismo, a *da* una vuelta por la plaza —y seguía caminando hasta la próxima vivienda.

No faltaba quien le regalará un café, una catalina; un dulce de leche, de lechosa, con su respectivo vaso de agua. Luego, María Zapata, como si de una diligencia inaplazable

se tratara, seguía su camino pasito a pasito. En el patio de la escuela, si coincidía con la hora del recreo, los muchachitos se detenían a mirarla con curiosidad y alguno que otro travieso le gritaba : “¡María Zapata! ¡María Zapata!, ji, ji, ji”.

Si el carajito se ponía demasiado burlón, la maestra le daba su respectivo regaño y lo llamaba, con firmeza, a respetar: “Respete a sus mayores, que para allá vamos todos”. Así, el muchacho bajaba la cabeza como avergonzado.

María Zapata continuaba su camino ininterrumpidamente. Al llegar a la próxima esquina, doblaba hacia la derecha, por la calle lateral de la iglesia, el edificio más grande del pueblo; una capilla colonial de altas paredes, con techo de caña brava y madera. Si estaba abierta una de las dos puertas que daban a la calle, María Zapata, justo al entrar, se persignaba y sin prisa caminaba alrededor de los bancos de madera e iba tocando las esculturas de los santos, una a una, para después sentarse en la parte de atrás, casi al final.

Allí permanecía pacientemente, no se sabe si rezando o meditando; en silencio absoluto. Como vestía de oscuro, su figura se mimetizaba entre los bancos de madera caoba. Hubo veces en las que algún feligrés o visitante entraba a la iglesia y, absorto en sus plegarias, no se daba cuenta de que María Zapata estaba sentada por ahí; por lo que cuando esa persona estaba por salir, podía coincidir en el justo momento en que la mujer se estuviera levantando de entre los bancos, arrancando un grito de susto del tamaño de la capilla al feligrés, que acompañaba la impresión con una exclamación nada sagrada:

—¡Coño, María Zapata, me asustaste, vale, no *jo*...!

—¡*Gua!* Ni que yo fuera un ánima en pena. ¡¡*Vade retro!!!*

Incólume, siguiendo su guion diario, caminaba hasta la plaza en búsqueda del cobijo de la sombra que le proporcionara uno de los frondosos árboles del lugar. No se iba a sentar al centro de la plaza porque prefería pasar desapercibida.

Ella se sentaba en un banco, debajo de una mata de acacia. Desde allí observaba todo: las casas alrededor, todas de barro, de bahareque liso pintado con tinte de arcilla, con sus techos de teja y paja brava. La de Gondellez era enorme, con bancos de barro cementado, situados en la parte de afuera. En esa casa, la sala principal fue convertida en una próspera bodega donde vendían de todo: chucherías, verduras, granos, papeletas de azúcar y de café, camisetas, cotas o blusas para las mujeres, detergente, molinos, candados, linternas, ollas, mangueras, chimó, alpargatas, totumas raspadas con dibujos de laguna con cujies. Hasta el coterero le dejaba mercancía a consignación. En la otra esquina, la que va hacia el río, en el oeste, sobresalía la casita que llamaban “Club social”, donde jugaban bolas criollas los fines de semana; tenía el techo de tejas rojizas, casi marrones debido a lo antiguo. Muchos vecinos aseguraban que esa casita tenía como doscientos años de haberse construido.

En la plaza, nadie se detenía a hablar con María Zapata; apenas le daban un breve saludo entre dientes, agitando una mano. Las pocas veces que hubo un cura párroco en el pueblo, este se acercaba a la mujer, le decía algún cumplido religioso, una bendición, y cuando tenía tiempo le traía un refresco de botella de donde Gondellez:

—¿Usted ya comió, Mariíta? —le preguntaba siempre.

A lo que la mujer, la misma respuesta particular le tenía al buen sacerdote:

—Claro, padre, yo no salgo a caminar sin *comé*. Y pa más ñapa, siempre hay alguien que me da un dulcito por el

camino –y recibiendo el refresco, le devolvía la bendición al cura:

—Dios me lo guarde y lo favorezca, padre Hilario.

—Amén, María, amén.

Cuando caía el llamado “sol de los venados”, esas horas del atardecer; momento en que el sol se pone y tiñe el cielo de colores amarillo y rojo, creando un paisaje característico del llano venezolano, María Zapata, ya de vuelta rumbo a su casa, se iba por la esquina de Gondellez hacia la de Ñáñez. Se la veía más apurada, como si se hubiera acordado de algo que dejó cocinando en el fogón.

Al rato, pasaba justamente frente a la casa de Magdaleno, una casa que le gustaba mirar; una casona vieja grande, con ventanas de esas inmensas, con rejas de hierro forjado como las de las casas de antes, que tenían corredores con un patio central atiborrado de matas florales, helechos, guayabas, limones, granados, guindas o cerecitas y cayenas, que florecían rojo y rosado. En aquel patio hacía nido todo tipo de pajaritos, hasta el rojo y negro que mentaban en el pueblo *sangretoro*.

El “Burro Magdalenero”

A veces, desde el patio de la casa de Magdaleno se oía el rebuznar de un burro al que Teodoro Rojas bautizó como el “Burro Magdalenero”. Fue el medio de transporte del viejo José Magdaleno. Infinitas veces lo traía cargado de leña o de sacos de maíz o mango, que traía de donde Los Toro. Hubo tiempo en que esos animales, vacas y burros, pastaban en la plaza, pero eso fue cambiando con la modernidad.

Magdaleno tuvo que encerrar al veterano burro en el patio de la casona. Contrario a la creada mala fama contra los asnos, ese burro era muy inteligente. Antes de que le prohibieran soltarlo y dejarlo caminar libremente por el pueblo, hubo veces en que Magdaleno llegaba montado en él al negocio de Motor. Se apeaba, lo dejaba cerca del roble, sin amarrarlo, y se echaba unas cuantas cervezas. Si Magdaleno andaba celebrando algo, como una buena venta, terminaba tan *zarataco* que no podía montarse solo en el burro; entonces, como podían, los amigos lo subían sobre animal, que se quedaba quietecito a fin de facilitarles la maniobra a los comprensivos vecinos, que estaban casi tan borrachos como el dueño del jumento. Una vez sobre la silla, Magdaleno bajaba la cabeza, abrazaba el cuello del burro y se quedaba dormido.

Los vecinos no se alarmaban al ver al hombre abrazado a la cabeza del asno, porque sabían que el borrico sabía qué hacer en aquellos casos. Apenas sentía el peso del cuerpo

de su amo echaba a andar lento, como para no despertarlo, y se *agilaba* sin desviarse a la casona de su compañero. Al llegar allí, se detenía frente al ventanal de la pieza de las hijas de Magdaleno y rebuznaba, una y otra vez, para que las mujeres o el hermano de estas, que también vivía allí, se despertaran, abrieran la puerta y acomodaran al padre en su habitación. Así se sucedía, como ensayado, sumado a que el hijo de Magdaleno desensillaba el animal para que la noble bestia se fuera a su lugar en el patio.

Así pasaron los años y ya nadie recuerda quién murió primero de viejo, si el burro o Magdaleno.

María Eloísa también tuvo un asno, más bien, una burra, pero esta no se dejaba subir carga ni que ser humano alguno la montara, y menos los muchachos traviosos que lo intentaban de cuando en vez. Aquella que era una burra bien exquisita y conservada, como decían algunos. Eloísa, un buen día que amaneció con los apellidos atravesados, cansada de alimentarla y atenderla, decidió salir de ella: “Esta burra coño’è *mae* no sirve pa na! Ya se la voy a ta llevando a mi comadre Eladia. *Vamonó*, Palomo” –dijo al perro fiel que siempre la acompañaba.

Esto fue diciendo, haciendo y cogiendo pa’l camino de Los Toro. Allá dejó a la burra rebuznando: “¡Hiaa, hiaa!”, sin saber si la estaba llamando, regañando o diciendo: “Vete de aquí, Eloísa, déjame en paz.

El perro Palomo fue el único que pareció entender a la cuadrúpeda y le contestó con unos, “¡guau!, ¡guau!”, bien agudos; como queriendo decir: “Tranquila que pronto venimos a visitarte”.

Las mujeres de la casa de Magdaleno sacaron las manos por la ventana y saludaron a María Zapata, también con la misma pregunta de siempre:

—¿Pa'ónde vas tan apurada, María Zapata?

—Pa la casa mía, ¿pa'ónde va a *se*? —decía, con la misma contestación de todos los días.

—A María Zapata no se le *jaya dentre* —reían las mujeres, refiriéndose a que los comentarios o preguntas no encontraban desprevenida a María y siempre tenía una contrapregunta como respuesta.

Por fin, la “Moisés del Pueblo” llegó al callejón de su vecindario. Ya el sol estaba a punto de zambullirse por los lados del río; a la hora en la que ya el taller de Luis Motor se cerraba, a menos que fuera fin de semana y estuvieran jugando dominó, como solían hacerlo.

Misia Tomasa era una de las que se sentaba tarde noche frente a la puerta, como lo hacían los otros vecinos. Subió la vista y contempló a aquella ella mujer de traje oscuro y bastón largo que se elevaba con digna presencia.

—¿Va a comer, María? Allí hay unos quinchonchos con arroz y queso *rallao*.

—Voy a *regá* las matas primero y después, como pa irme a *dormí*, que mañana me voy a *levantá* bien tempranito a *jacé* algo pendiente.

Y se desaparecía entre las matas del patio, como si fuera una duenda.

El perro blanco

Emilio se preparó para volver a su casa. El sol ya había muerto y dejado rojito el cielo, por detrás de la casa de María Eloísa, la última al oeste del pueblo. Avelino, mientras tanto, se comía la última comida del día: una arepita rellena con queso y mantequilla.

Dos perros amarillos pasaron retozando cerca del roble que daba sombra y servía de parada para el autobús. La tarde se tornó fresca y los paisanos salieron a visitarse mutuamente o a sentarse a ver quién pasaba caminando o en bicicleta, o si llegaba algún carro o un camión. Los perros amarillos ladraron a los lejos, como llegando a la Gran Parada Andina, junto a los dos acacios flamboyanes, siempre vestidos de rojo, que desde hace años estaban allí.

—En el pueblo ya no quedan perros blancos, Emilio —dijo Avelino.

—¿Cómo dice usted, tío? —preguntó, sorprendido, el sobrino.

—Que ahora lo que se ve retozando y latiendo por las calles son los perros amarillos. En las casas acomodadas, a los perros que llaman de raza los criaban y los vendían bien caros. Antier no más, los perros de la calle eran blancos y unos negros con la orejas *puyúas*. Yo creo que los perros amarillos vienen del cruce de esos blancos con los negros, porque los blancos eran rellenitos y más pequeños, y los negros más flacos y más altos. Esos amarillos tienen de los

dos. Yo tengo memoria de que la abuela María Eloísa tenía un perro blanco con una manchita amarilla en el lomo; le puso “Palomo”. Ese perro iba siempre detrás de ella, como a dos metros. Si la abuela se volteaba y lo miraba feo, él se apartaba un metro más atrás; si lo veía bonito, él se le arriaba como a un metro.

A Eloísa le gustaba caminar, cada semana, por la carretera que va al puente sobre el río, como a un kilómetro de su casa, donde los araguatos se pasaban de un lado a otro de la carretera, bamboleándose de rama en rama. Iba a buscar leña y, cuando no había agua en el pueblo, iba a lavar la ropa en el río. En tiempo de cuaresma, por esa misma carretera se llegaba hasta el sitio que mientan Los Toro, donde está el monumento *gomecero*, a visitar a su comadre Eladia, a la que le llevaba algún presente; aprovechaba el viaje y se traía unos mangos para hacer jalea y comer con arroz con leche.

El ágil perro blanco siempre caminaba con ella. A veces se salía un poco del camino para perseguir una lagartija o alborotar las tortolitas que picoteaban cerca de un charquito de agua. Cuando cruzaban por el puente del río, la abuela lo dejaba bajar para que el fiel compañero bebiera y chapoteara en el agua. Debajo del puente había una chorrera sabrosa, con muchas piedras blancas, y un gran pozo en el que los muchachos más grandes practicaban pomposos clavados desde la viga del puente de hierro o desde alguna rama de samán. Eso fue mucho antes de que el cauce río se modificara, cuando pusieron a funcionar la represa en 1983, en las galerías del pueblo que se tragó el agua.

Por ese camino hacia la finca de Los Toro caminaba con su perro María Eloísa. Era una morena esbelta. En sus primeros tiempos tuvo muchas propiedades, ganado, caballos y

tierras más extensas que La Negruzca. De todo eso le quedó solo la casita del pueblo, porque se le murió el marido y dos hijos mayores del señor vendieron todo y no invirtieron en nada. No obstante, María Eloísa continuó su vida, criando a sus hijos pequeños: dos hembras y dos varones.

Como las tierras de Los Toro le pertenecieron a su marido, cuando entraba el tiempo de cuaresma, después de carnavales, se paseaba por esos *llegaderos* para visitar a Eladia, que vivía en el caserío que quedaba en los linderos de la finca. Eloísa recogía mangos de unos árboles que ella misma sembró cuando era muchacha; árboles frondosos, con ramas que rozaban casi el suelo, que en tiempos de calor daban frío y recubrían de frutos jugosos de amarillo, rojo y verde el piso. Allá, Eladia siempre estaba pendiente de la llegada de su comadre, la “*Negra Eloísa*”: “—*Comae Eloísa, mujé*, debes estar bien cansada. Chica y por esa carretera no aparece nunca un carro pa’*garrá* una cola... ¡Pasa, pasa! Siéntate que ya te busco agua y monto café para que te comas un pan de horno con guayaba, que me quedó muy sabroso”.

Eloísa se sentaba en una silla de hierro forjado a la que el dueño le había cambiado el tejido de plástico, roto por el tiempo, por una cubierta de cuero de vaca que la hacía parecer a una campechana.

Palomo se echaba a retozar con el perro Pintado de Eladia, cerca de un tambor, como descansando, preparado para el retorno. El perro Pintado le hacía compañía, como siempre. Reposaba con las patas delanteras estiradas, levantando las orejas al menor ruido. Eladia les ponía agua al frente y un hueso sopero. Palomo danzaba alrededor del hueso y lo mordisqueaba, como tratando de ablandar la

pieza para después darse un banquete; *Pintado* lo miraba, en actitud de “yo ya comí, amigo, come tú”.

Las mujeres charlaban, se contaban las historias de siempre y las nuevas. Nombraban finados, espantos, vivos; se reían entre ellas de algunos cuentos de la gente del pueblo. Al final de la amena conversación, Eloísa le daba a la comadre un cuarto de kilo de café, medio kilo de azúcar y una pañoleta de colores a Eladia, quien muy contenta le decía:

—*Comae*, ¿pa qué se molestó?

La buena mujer demostraba tan vivazmente el gozo por el regalito de su amiga, que Palomo y el perro *Pintado*, contagiados de la alegría, le danzaban en redondo moviendo sus colas, como las aspas de un ventilador. Eladia buscó lo que había guardado para Eloísa.

—Mire, mi vieja, aquí le guardé un pedazo de carne de chigüire seco pa que se lo coma en la Semana Santa.

—¡Carne'e chigüire! ¡María Santísima! Gracias, *comae*. Dios se lo multiplique y que se le convierta en salud.

Después miraba hacia los lados y ordenaba al perro blanco:

—Ya nos vamos a *di*, Palomo, despídase de su amigo *Pintao*.

Eladia, parada junto a ella, se reía celebrando la ocurrencia de su comadre.

Palomo salía brincando del corredor y se colocaba, como un guardaespaldas, cerca de su ama. Las mujeres se despedían con fraternos abrazos. Eloísa se preparaba el *rollete* de trapo sobre su cabeza, que le servía para amortiguar el peso del saco bien cerrado, lleno de mangos y con la preciada carne de chigüire, que Eladia le ayudaba a montarse. La figura de la abuela se veía ahora más inmensa y estilizada, con aquella carga simétrica sobre su cabeza.

Eloísa salía al camino. Palomo la dejaba adelantar; daba uno, dos, tres saltos en redondo, frente a Eladia, ladrando; a los que respondía el perro Pintado latiendo: “¡Jau!, ¡jau! ¡Jau!, ¡jau!”.

María Eloísa emprendía la marcha de regreso. Cuando cruzaba bajo el inmenso samán que está antes de la casa de Eladia, veía hacia atrás y le sonreía gigante a Eladia, que le correspondía igual, con la mano, en un ademán de adiós. Las sonrisas de aquellas matronas eran tan francas que parecían decir: “Dios te bendiga”.

Palomo marchaba cerca de Eloísa, a su paso, a menos de un metro.

Avelino se incorporó del mueble, haciendo alarde de fuerza, para darle las consabidas palmadas al sobrino Emilio que ya había recogido sus cosas para irse.

—Ah, buen perro era ese Palomo, tío. Y se entrenó solo... —acotó Emilio e inmediatamente le preguntó—: ¿Y qué pasó con ese perrito blanco?

—Unos dicen que lo picó una culebra cascabel, otros que murió de viejo; ¡ojalá! Lo mejor sería que cuando uno esté viejito, acostarse, quedarse dormido y amanecer quietecito, sin sufrir, en el otro mundo. Hay que cuidarse, Emilio, porque nunca se sabe con qué se encuentra uno en el camino. Lo que sí es verdad es que si le entregas algo bueno a tu prójimo, tendrás esa bondad de regreso, para ti o para los tuyos —y despidiendo al sobrino, lo invitó a regresar—: Nos vemos en estos días, Dios me lo bendiga.

Emilio se fue despacito, ofreciendo volver pronto. Era muy apegado a aquel tío con el que compartía desde niño.

Avelino entró a la casa y encendió la luz.

Tomasa y las ánimas

A Tomasa no la dejó dormir bien la luz del corredor de la casa de Avelino. Cuando cantaron los gallos, a las cuatro y media de la mañana, andaba desvelada; era raro cuando había luz, desde que en los años setenta llegó el tendido eléctrico. Pero esa noche la energía no se fue; cabeceó una rato más hasta que aclaró la madrugada.

Como era lunes, se levantó y le prendió un *cabito* de vela a las ánimas. Desde cuarenta años atrás lo hacía, por costumbre heredada de sus padres. Si no lo hacía, creía, como la mayoría, que las ánimas se molestarían y no la dejarían dormir la noche siguiente; si no se cumplía, entonces movían el techo de zinc como si caminaran por encima un montón de gatos en celo o soplara un ventarrón que movía las ramas de los palos, como barriendo el techado. Por eso les prendía, de madrugadita, un cuarto de vela de cera. Tiempo atrás usaba las velitas de cebo que ella misma elaboraba, después llegaron las de cera, que vendían en la bodega.

Avelino decía: “¡Yo no creo en esas vainas!”.

—No crea en eso... —le aclaraba Avelino—. Esos son gatos buscando gatas. Pegan unos *lecos* como de gente. Corren por todos los techos. Saque cuenta que cuando los techos eran de palma llanera no había ánimas en pena y por los *laos* de la plaza, donde son de tejas, tampoco salen ánimas.

Y pa esos *laos*, ¿es que no hay gatos, ni perros, Tomasa? No crea en eso.

—En tiempo de cuaresma es cuando más penan, Avelino. Andan pidiendo misa. ¡Yo no me burlo de eso! —advertía Tomasa, y para darle fuerza a sus palabras le recomendó a Avelino—: Pare la oreja pa que las oiga de noche, dando alaridos.

—Ese es el viento de estos meses de verano, que pasa silbando entre las casas. Los remolinos del verano que levantan esa polvareda y hacen caer las hojas secas. Mire, Tomasa, a quien le iba bien con eso de los aparecidos era al cura Hilario Matute, que llenaba de monedas el cepillo de las limosnas y el cuaderno con encargos de celebraciones. Saque cuenta: el montón de bautizos que celebraba pa *sacale* el diablo a los barrigones, las primeras comuniones, las confirmaciones; todo eso se pagaba y se paga *entoavía*. Si usted pagaba la colaboración por arriba del costo, porque no tenía sencillo, perdía esos reales porque los curas no dan vuelto. Por cierto, ya pa las fiestas de marzo van a *arrancá* los bautizos. Y no va a *faltá* una que otra que se casa por la iglesia; eso cuesta más, plata y trabajo, ¡je, je, je!

Tomasa lo atajó para comentar algo:

—A mí no me gustan las confirmaciones, Avelino. Ese obispo se aprovechaba pa caerle a *pescosá* a esos muchachitos. Los agarraba *descuidaos* y algunos salían chillando. Falta de seriedad de esos curas, pero a la gente le encantaba que veniera el monseñor a las fiestas patronales, con su *sombrerote*, *pareció* a una mata'e lechosa; y con un bastón *largote*, tipo garabato, que debió regalárselo a María Zapata, ¡cuas, cuas! Si me oye María Zapata, me zampa un garrotazo. Y mire, no se meta tanto con el padre Hilario, que él era muy bueno con la gente humilde.

Avelino se divertía hablando y escuchando a Tomasa, que desde que Chucho y Perucho se fueron a hacer su vida, se convirtió en su amiga más cercana.

Tomasa tuvo tres hijos: dos hembras y un varón, que de grandes le dieron seis nietos, tres mujeres y tres hombres. Todos se fueron a vivir a la capital para estudiar, porque la escuela del pueblo era hasta sexto grado o para trabajar en alguna compañía.

Cada cierto tiempo, los hijos regresaban diciendo que se iban a llevar a Tomasa y Rafael, el marido. Pero estos se molestaban y les advertían a sus hijos que nadie los iba a sacar de su casa: “Ni muertos nos sacan de aquí”.

Avelino continuó echándole leña al asunto de las ánimas: —El otro que comía de esos cuentos era Fernando Palima, el hermano de María Eloísa; ese vivía más en el monte que en la casa. No sabía leer, pero rezaba de memoria oraciones que juraba que eran muy poderosas. Había quienes creían que Fernando ensalmaba al ganado, ahuyentaba las hormigas, sacaba las culebras de los escondites y remediaba de sus picadas a los cristianos.

—¿Y qué le hacía a las ánimas?

—Las rezaba, Tomasa; las gritaba para que se fueran a descansar. Las regañaba y les decía que no molestaran: “¡Váyanse pa su purgatorio, que ya ustedes no son de aquí! ¡Cojan su camino pa ve si las dejan entrar al cielo! ¡Se van de esta *jodía*, carajo! ¡*No jile!* ¡Vamos, vamos! ¡Upa, upa, upa, upa! ¡Pa fuera, caracha!”.

—¿Y se iban? —preguntó, con recelo, Tomasa.

—En verdad, no sé —reflexionaba Avelino—. Como a Fernando, al que llamaban “el *Mágico*”, les daba los gritos en pleno ventarrón o cuando pasaban los gatos *jembreros*, los vecinos que lo llamaban pensaban que esas eran las

almas en pena que salían huyendo cuando el *Mágico* las gritaba.

—En el pueblo no hay tantos gatos así, Avelino.

—Porque las gatas no se dejan alcanzar, Tomasa, ¡je, je, je! No me haga reír que me da tos, ¡cof, cof!

El segundo telegrama

El telegrama le llegó a Luis, el hijo de Luis Motor, al medio día. La puerta de la casa siempre permanecía abierta. Luis hijo estaba asomado, hablando con su esposa, por lo que el cartero solo tuvo que saludar, aguardar un poco a que Luis se asomara y estirar el brazo: “Telegrama, Luisito. Espero que no sea nada malo”.

Los telegramas para la gente normal, pobre, medio pobre o de a pie, rara vez traían buenas noticias. Luis hace unos años había recibido uno de la Presidencia de la República. Fue la respuesta a una carta que le escribió al presidente de la República, en la cual le solicitó una beca de estudios. Como a los nueve meses se la respondieron. Fue en un sobre pequeño, con ventana plástica, con el logo de la Compañía de Telégrafos de la Nación: un dibujo impreso de tres postes de cables sobre un mapa incompleto del país. En el telegrama oficial, la secretaria privada del presidente le daba una semana para consignar los papeles para optar a una beca. Luis se alegró mucho, hasta que su padre analizó con detenimiento el papel, que era como un cuarto de una hoja tamaño carta: “Tiene fecha de hace siete días –le dijo Luis–. Ya se pasó el tiempo de llevar los papeles; era hasta hoy. ¿Y cómo hace uno para conseguirlos? En esas escuelas son tan lentos para dar un papel”.

Pero Luis hijo no se intimidó. De inmediato se puso una camisa manga larga y se fue al liceo, con su telegrama

presidencial en la mano. El portero, que lo conocía, le dijo que la directora aún estaba en la oficina. Luis hijo llegó allí con su papel oficial. La directora, impresionada por aquella correspondencia presidencial, lo felicitó y ella misma se puso a redactar las notas, a sellarlas y a hacer una carta en la cual recomendaba al joven encarecidamente como el mejor estudiante del colegio en mucho tiempo. También le sacó una copia al documento de identidad de Luis y lo acompañó a la prefectura a tramitar, “urgente” —así le dijo a su amigo, el prefecto—, una carta de buena conducta.

Al día siguiente, Luis padre, más optimista, lo acompañó a la oficina de atención al público del Palacio Presidencial. Por la prisa y para no sudar mucho la ropa, se fueron en un carro “libre”, de los que tenían en el techo un casco con esa palabra. Llegaron a la puerta de atención al público; afortunadamente, los guardias estaban de buen ánimo y les franquearon el paso: “Caminen derecho hasta la última columna, allí está la taquilla”, les indicó un guardia, apuntando con la mano extendida hacia el sitio al cual debían dirigirse.

En la taquilla indicada, una señora madura, muy tranquila, los recibió. Luis hijo le informó, educado, seguro, radiante; le mostró el telegrama. La señora lo validó, lo leyó y le preguntó sin inmutarse:

—Pero el plazo de entrega ya se caducó. ¿Cuándo te llegó este telegrama?

—Ayer no más.

—¡Qué problema con ese servicio de telégrafos! Déjame los papeles y que sea lo que Dios quiera.

—¿Cómo hacemos para saber la respuesta? —intervino Luis padre.

—Les mandaran otro telegrama de la Secretaría Privada de la Presidencia —explicó, lacónica, la funcionaria, y haciendo una mueca de adiós que intentaba simular una sonrisa.

Los dos Luis se fueron. Luis padre, por el camino, no dejaba de darle ánimo a su hijo, a quien veía algo desconcertado; tal vez porque era la primera vez que el joven se enfrentaba a la burocracia pública: “Si te mandaron ese primer telegrama, es que esa beca es tuya. Pronto te va a llegar el segundo. ¡Vas a ver que sí!”.

Pero ese segundo telegrama nunca llegó. Luis hijo, con la ayuda de sus padres, estudió contabilidad y, simultáneamente, para aligerar la carga familiar, trabajaba. Con lo que aprendió haciendo cursos cortos entró a trabajar, con mediano éxito, en una empresa privada de laboratorios médicos. Poco a poco, ahorró y se compró un carrito Dodge año 1976, al que llamaba “El Dodge”.

Aunque se casó, se quedó a vivir en casa de sus padres, porque su mamá murió joven y él no quiso dejar solo a su papá. Sin embargo, Luis padre un día se fue de paseo a las fiestas patronales de un pueblito que quedaba como a trescientos kilómetros de la gran capital y allá se enamoró tanto de ese pueblo que primero iba una vez al mes, luego cada quince días, después los fines de semana, hasta que se quedó y todo fue a la inversa: “visitaba” la gran ciudad cada tres meses o había que ir a visitarlo a él en el pueblito. Un día, decidido a hacer vida en el llano, le explicó al hijo: “Mire, mijo, yo monté un taller mecánico allá. Me estoy haciendo una casa bien cómoda a la entrada del pueblo y estoy viviendo con una mujer buenamoza, hacendosa y buena gente. Ella me cuida y yo la cuido, me ayuda y yo la ayudo. Habla más que una guacamaya, pero me quiere y yo

también la quiero; ¡qué más voy a pedirle a la vida! Y usted está bien casado y con un buen trabajo”.

A Luis hijo le alegraba la nueva vida de su padre. Cuando tenía tiempo agarraba el Dodge y se iba con su esposa e hijo a visitarlo. Le gustaba el río del pueblo, sobre todo, en tiempo de fiestas. Además de la contabilidad, aprendió algo de mecánica automotriz para darle una mano a su progenitor.

Se había olvidado para siempre del prometido segundo telegrama, el de la beca; ni falta que le hizo. Jamás necesitó de ningún gobierno para vivir. Pero ahora llegaba este inesperado escrito desde el pueblito donde vivía su papá. El día que llegó el cartero a la puerta de su casa, ya hacía tres meses que no sabía de su padre; tal vez, su viejo le enviaba un regaño por escrito, por no haber ido a visitarlo; o tal vez lo estaban esperando para algún gran acontecimiento del pintoresco pueblito llanero.

Luis hijo abrió el sobre, en el cual vio estampado el mismo logo de la Compañía de Telégrafos de hacía veinte años. Chequeó la fecha: era la del día en curso. “Han mejorado, o no lo retuvieron”, pensó. La dirección estaba correcta, el destinatario; sin dudas, era él. Ya seguro, leyó el breve contenido –los telegramas para la gente normal rara vez tenían buenas noticias:

Infórmole con tristeza (punto) Luis Motor murió hoy
(punto) Sepelio mañana (punto) Tres de la tarde (punto).

FIRMADO: AVELINO R.

Se acercó a su esposa, compungido y enmarañado en recuerdos. Le dio el papel, que la mujer leyó de una sola pasada, para no perder tiempo de darle un abrazo amoroso, solidario. Después, sobreponiéndose a su propio dolor, animó al esposo como lo hubiese hecho Luis padre, resuelta y cariñosa:

—Vámonos a despedir al viejo vagabundo ese.

—Ayer se me accidentó el Dodge.

—Pues nos vamos en el autobús.

Se metieron a la habitación: ella a hacer las maletas, él a tumbarse en la cama, como queriendo que ese telegrama tampoco hubiera llegado o se hubiese retrasado y, con él, la partida a la vida eterna de su padre.

El velorio de Luis Motor

El velorio de Luis Motor se llenó de vecinos de todos los caseríos del distrito. Vinieron camioneros y gandoleros de las ciudades más cercanas y, con ellos, personas de lugares allende que aprovecharon la cola.

Era una leyenda regional que las personas de aquel pueblo vivían por largo tiempo; pasaban normalmente los ochenta años. “Aquí la gente no se muere por enfermedad, se muere de aburrimiento”, acostumbraba a decir Avelino. El día del deceso de Motor, consoladoramente comentó:

—Dichosos los que se infartan porque se van quietecitos de un solo trancazo, como Luis. No hay que resistirse; malo es morirse *picao*’e culebra o por peleas a machetazos.

A medida que llegaban los dolientes, las anécdotas sobre Luis Motor fueron inundando el patio, junto con las botellas vacías de ron y las risotadas de los hombres que ocasionaban que las mujeres se fueran, apenadas, a la sala velatoria de la casa a acompañar a la viuda María Clemencia. Algunos de los presentes comentaban:

—El cura dice que el funeral en la iglesia será a las cuatro de la tarde, para dar tiempo a que llegue Motorcito y su familia.

—Menos mal que habrá ceremonia; así, Luis Motor no queda penando. Muerto sin misa se convierte en ánima en pena.

Tomasa, que pasaba con la bandeja de queso y de galleta de soda, se metió en la conversa:

—Si Avelino se muere primero que yo, le voy a *mandá* a *jacé* treinta y tres misas seguidas.

—La edad de Cristo. ¿Pa qué tantas? —le preguntaron unos, celebrando la broma.

Tomasa redondeaba.

—Es que ese señor no cree en nada y si no se le *jacen* esas misas, Dios lo va a tener penando treinta y tres años. ¿Quién aguanta a Avelino de ánima en pena, corriendo como un gato por esos techos? Si vivo echa tanta vaina, imáginenselo de alma sin rumbo. No, mijito, qué dijo treinta y tres; una cuaresma completa, con el adviento, ¡cuas, cuas!, Ya les traigo chocolate pa que pasen las galletas, ¡que se van a atorar!

Afuera trataban de reírse por lo bajo. Adentro de la casa, desde la sala, se oían los rezos “Dale, Señor, el descanso eterno”... “Brille para él la luz perpetua”... “Descanse en paz”... “El alma de... zuuum, zuuum, zuuum”, porque las voces de la contesta eran tan rápidas que se convertían en un zumbido de enjambre de abejas.

Motorcito llegó temprano a la capital del estado. Una hora y media, aproximadamente, lo separaban del funeral. No durmió en toda la noche recordando a su padre. Se sentó en un tronco de madera en la parada del autobús. Varios conocidos se le acercaron a darle el pésame; la mayoría iban para el entierro de su padre.

El autobús realizó su parada en el sitio habitual, con suficiente tiempo antes de la hora fijada para el funeral en la iglesia y el entierro. Domingo, el chofer del bus, bajó, le dio

unas palmadas a Motorcito y habló ronco a los demás pasajeros: “A subirse, que vamos a salir temprano pa *llegá* antes del entierro. Hay que pasar recogiendo pasajeros a mitad de camino, parientes y amistades que quieren despedir a Luis Motor.

Todos abordaban en silencio, como respetando el dolor de Motorcito, que se sentó con la familia al principio, en el segundo puesto de la fila izquierda, la de tres puestos, porque la de la derecha era de dos.

El colector subió, se quedó parado en el primer escalón y arrancaron sin tocar corneta. Nadie llevaba paquetes, las mujeres iban de oscuro, como María Zapata; o de blanco y negro; y los hombres con camisa manga larga unicolor, algunos con sombrero Pelo’e guama.

A la mitad del camino pararon, en el pueblo del medio. Se subieron unas veinte personas, quedando apenas unos diez puestos vacíos. No hizo falta tocar corneta, ya estaban esperando en la parada de la curva, la que enfila hacia las carreteras que llamaban “Dos Caminos”.

En la bomba de gasolina pararon. Allí estaba de guardia Rafaelito, el de Antonia Nieves. Otra vez Domingo, mientras surtían combustible, dio instrucciones:

—Los que van al baño o a tomarse algo, rapidito, que ya son casi las doce y media... ¿Cómo está la vaina, Rafaelito?

—Ya me ve, Domingo, triste de no poder ir al velorio ni al sepelio de Don Motor porque tengo guardia hasta las seis de la tarde, y después de esa hora no pasa carro pa’llá. Dios lo tenga en la gloria. Me saluda a la viuda.

—Aquí va Motorcito con la esposa –le informó Domingo.

Rafaelito terminó de llenar el tanque de gasoil y, apenas Domingo acomodó el bus con la trompa para salir, se subió y le dio un abrazo al amigo Motorcito, que era como de

su misma edad. Sin mucho protocolo, le dijo algo que tal vez ni Luis hijo entendió, pero era algo seguramente reconfortante. El colector pegó un grito: “¡Seguimos! El que se queda se queda y el que se va se va”.

Todos subieron aprisa. Rafaelito se quedó mirando cómo el carro se internaba llano adentro. Por primera vez en mucho tiempo –porque en su trabajo como gasolinero no se acostumbran las despedidas; si acaso, desearle feliz jornada al viajero–, agitó su mano para decir adiós y le pareció ver que Luis hijo sacaba la cabeza y le correspondía de igual forma.

El bus atravesó el túnel vegetal que antecede a la laguna de aguas perennes que refresca la vista de los viajeros, luego cruzó a la izquierda, por la carretera de las palmas llaneras, las que adornan los dos lados del camino en buena parte de los 20 kilómetros del recorrido. Motorcito había pensado comprar una cruz de flores en la capital, pero no encontró. Él había olvidado que era abril y las cruces de flores son del mes de mayo.

Dicen que en abril se muere la gente buena, porque comienzan a florecer los palos de la sabana. Y esa sabana se estaba llenando del amarillo de los araguaneyes o “flor amarilla” y árboles “mantecos”, que igual son hermosos como pavos reales dorados. Era como si todo el campo se ofrendara para que Luis Motor disfrutara en su último día de cuerpo presente.

En una de las fincas, unos paisanos sacaron la mano; el bus paró y se montaron, se acomodaron; unos parados, otros de pie, todos a cumplirle al amigo.

El autobús paró en seco frente al taller de Luis Motor, bajo el roble, para ese entonces igual de frondoso. Por primera vez en mucho tiempo, Domingo el conductor bajó

donde Motor; saludó a la viuda y a los vecinos, bebió algo de agua y se tomó un consomé que había preparado Tomasa. Los dolientes que pudieron hicieron lo mismo, comieron queso con galletas y tomaron un trago de café cerrero.

Eran casi las dos. La gente comenzó a juntarse en torno al féretro. Los más amigos, más cercanos y Luis hijo, levantaron el ataúd para el primer turno de la marcha hacia la iglesia. Salieron por el frente “con los pies hacia adelante”, les recordó, lacónica, María Eloísa, quien había llegado temprano, seguida de Palomo, que se orilló cerca de la casa de María Zapata, con quien se llevaba muy bien. El perro metió la cabeza entre las patas delanteras, como quien está triste. Sin embargo, apenas vio que Eloísa se sumaba a la caminata, se levantó con el rabo entre las piernas y se fue detrás de ella, bien cerquita, evitando que los dolientes lo pisaran.

La compacta multitud comenzó la marcha hacia donde ya esperaba el padre Hilario. Una vez allí, el cura dio las indicaciones para que colocaran el ataúd frente al altar y, con mucha solemnidad, comenzó el réquiem.

El padre dio el consabido sermón de consolación. Cada vez que decía “ave María” o “salve María”, María Zapata –que estaba parada junto a la estatua del santo patrón– volteaba como si la estuvieran llamando a ella:

—¡Ah, pues, María! –la regañó Tomasa, bajito.

—Es que aquí hay muchas María, Tomasa.

—Por eso les pusieron dos nombres: María Zapata, María Eloísa, María Clemencia, María José, María Josefina, María Inocencia. Usted es María Zapata, no María Santísima, así que deje la volteadera, que aún faltan más avemarías.

—Y hasta José María hay, ¡ji, ji, ji! –remató, riéndose entre dientes María Zapata.

De la iglesia, el cortejo fúnebre se dirigió, solemne, al cementerio, donde el *Negro* Magdalenero, el hijo de José Magdaleno, tenía ya la fosa lista. Luego del acto de sepultura, los asistentes se dispersaron y el pueblo volvió a quedarse con sus dos calles vacías, más tristes que nunca. Esa vez, María Zapata caminó acompañada por Tomasa; nadie se asomó por las ventanas ni salió a ver desde las puertas.

A los dos días, Motorcito mandó a su familia hacia la gran capital y él se quedó para los novenarios. Después de eso se fue a la ciudad y, con el tiempo, empezó a ir al pueblo cada quince días a atender el negocio paterno, luego cada fin de semana, hasta que se quedó allí con su familia, arreglando cauchos, vendiendo cervezas bien frías, jugando dominó; viviendo tranquilo entre los momentos alegres de la vida pueblerina.

Las lavanderas

Emilio llegó aquel sábado temprano. Trajo unos bizcochos de a *locha* que encargó a Domingo, el chofer del bus de pasajeros. A Avelino le gustaba comerlos con café aguarapado. Los mojaba como si aún fuera un niño y los saboreaba con un gusto, que Emilio caía en la tentación y también se deleitaba con un par de esos bizcochos. Mientras comía, el tío recordaba y contaba, como dando un parte:

—Esa vez, las mujeres salieron temprano a lavar al río. Ya habían pasado tres días que no ponían agua. Pablito, el que encendía la planta eléctrica y soltaba el agua, pasaba a cada rato en la bicicleta, pero solo decía que a la bomba le faltaba un fusible, que a lo mejor llegaba pasado mañana en el autobús.

En esos tiempos las tuberías de agua llegaban solo hasta las esquinas de las calles. Allí el gobierno colocó unos puntos de agua o pilas de agua, como les decía la gente; había ocho o doce puntos de llenado. A cierta hora de la mañana y al final de la tarde, Pablito abría desde el río, en el puente, la llave principal y el agua llegaba a las esquinas, por una hora, para que las señoras y los muchachos fueran a llenar sus envases. Aquello era un desfile de gente con tobos, *canarines*, el burro de Magdaleno y las bicicletas de reparto, cargadas de potes de agua.

Los paisanos también recogían el preciado líquido cuando llovía. Lo hacían a través de la canal de las casas de

techos “a dos aguas”; en cada esquina de la vivienda colocaban un pipote grande de metal. Los que tenían más medios económicos construían tanques encofrados en cemento, otros una lagunita para que bebieran las gallinas y aletearan los pajaritos. Esos chorros de agua que caían de los techos, cuando caían los chaparrones, los disfrutaban los niños que se metían debajo para bañarse, saltando, llevándose las manos a las caritas para quitarse el refrescante líquido de los ojos, ¡felices como pájaros ahuyentando el calor del verano!

—¿Cómo a qué hora, más o menos, iban las mujeres a lavar al río? —preguntó Emilio a su tío, interesado en el detalle.

—Como a eso de las nueve de la mañana ya debían estar cantando y golpeando la ropa contra las piedras.

—A mí me gustaba esa faena —interrumpió el sobrino—. Pero esas mujeres solo se llevaban a los niños varones pequeños. ¿Usted alguna vez, ya grande, las vio, tío?

—Pues no, eso era estricto. Yo, cuando era el *bordón* de la casa, mi mamá me llevaba. Los varones nos bañábamos en la orilla, sentados en la chorrera de agua. Las mujeres se acercaban cada una a su piedra; las niñas más grandecitas las ayudaban y nosotros, los primerizos o más chiquitos, nos divertíamos chapuceando bajo el puente, sabiendo que nos tocaría ayudar a cargar las cestas. Las mujeres lavaban con jabón de tierra que ellas mismas preparaban. Sacudían la ropa contra la piedra para sacarle el sucio pegado y enjuagaban. De pronto alguna arrancaba a cantar y después otra y más después otra, como contrapunteando, en el mismo tono. Allí destacaba Eladia, la del fundo Los Toro, con su vozarrón entrenado en la sabana cuando llamaba el ganado:

Agua fresca del río verde
lávame los pensamientos

pa olvidar a quien no me quiere
y no me sale de adentro...

Con la ropa les daban a las piedras y con las manos al agua y al correr del agua. Los golpes sobre la corriente eran como toques de tambora y de maracas. Las dulces voces hacían que los críos cesarían, por momentos, los griticos y escucharan a sus mamás contender amigablemente, pasándose el testigo de la copla bonita:

Me pongo a mirar pa'l monte
y me lleno de alegría,
este llano tan bonito
es toda la vida mía...

Hasta las que poco se les oía hablar en el pueblo entonaban cantos de lavanderas, como si los espíritus de las aguas les despertaran la inspiración; y cantaban unos versos propios o uno de esos que aprendían de pequeñas:

No se aflija, amiga mía,
deje ya la quejadera
pa que llegue el agua al pueblo
pa *dejá* esta lavadera.

Bellos los araguaneyes
que florecen en abril,
amarrillo es lo que luce
ya nos tenemos que diiiiiiiir.

Los cantos que se hacían eran largos, melancólicos, arrulladores. Las risas se mezclaban con el sonido de la corriente sobre las blanquísimas piedras. Las mujeres se sentaban un rato, aprovechaban para merendar con la muchachada mientras que la ropa se secaba sobre las piedras calientes.

Por la tardecita regresaban al pueblo con los canastos sobre las cabezas; y la niñería ayudando, aprendiendo de esa forma el oficio.

—¡Qué buena vida, mi tío! Yo siempre digo que tener un río es una bendición para un pueblo. Lo malo es que el río le quedaba lejos a La Negruzca, aunque usted me ha explicado que allá había lagunas y unos esteros que se llenaban de junio a octubre con los aguaceros, ¿ah, tío?

—Eso se fue perdiendo, mijo, cuando llegaron los tractores a tumbar los palos del monte, sacaron los caballos cachi-lapos y sembraron todo de maíz y sorgo.

Avelino se puso a mirar hacia el poniente, por donde las mujeres caminaban rumbo al río. Algunas madrugadas vio también a los que iban a pescar en los pozos, más abajo de la chorrera. En la mañana regresaban cargados con pescados, como las palometas, coporos, bagres rayaos, corronchos, caribes, curitos, palambras, curvinas, boyboy; aunque también habitaba en esas aguas esmeraldas el peligroso temblador —o anguila de agua dulce— y la temida raya o mantarraya de río, cuya cola en forma de punta de lanza dejó inválidos a unos cuantos, que se descuidaron y olvidaron que ese animal se oculta entre las arenas del río.

El propio Fernando Palima perdió una pierna por pisar una raya que le causó una gangrena; se le desarrolló tan rápido que tuvieron que amputarle la pierna izquierda por encima de la rodilla. Así fue como el *Mágico* se convirtió en el primer “pata’e palo” del pueblo, lo cual aumentó más el misterio en torno a sus esotéricos conocimientos.

Hubo un tiempo en los que Avelino salía a pescar, sobre todo, en los días previos a Semana Santa, para que su esposa preparará pescado frito o la abuela Eloísa cocinara

un sabroso sancocho de palometa, al que le ponía topocho verde, auyama, yuca, y lo aliñaba con bastantes ajíes y cilantro.

Para pescar con anzuelo había que tener paciencia, llevar una buena carnada, preferiblemente lombrices; usar camisa manga larga para protegerse de los mosquitos y jejenes, cuyas insidiosas picaduras hacen pronunciar las más feas palabrotas que los oídos educados no quisieran nunca escuchar. Y, sobre todo, no se debía hablar aunque se anduviera acompañado “porque los peces oyen las voces” y no se acercan, según los llaneros que creen que entre los peces se avisan del peligro y se van a lo profundo del pozo. En silencio absoluto fue como en aquel río se pescaron bagres enormes de más de diez kilos, que no habían sido cazados porque se escondían al escuchar las voces de los inexpertos pescadores. En el pueblo, cuando se pescaba un bagre gigante, la noticia de la hazaña volaba por la comarca porque el pescador y sus acompañantes se encargaban de que todo el mundo la supiera.

“Ese bagre será muy grande, pero un coporo frito en manteca no tiene padrote” –sentenciaba Tomasa.

Los colores del llano

Mirando hacia los lados del río, pensando en esas aguas cristalinas verde esmeralda que daban vida al pueblo, Avelino se acordó de sus hijos, Chucho y Perucho, cuando jugaban cerca de la casa de la hacienda, chapoteando en los charcos que dejaba la llovizna de la mañana en aquellos reverdecidos. Porque en el invierno llanero brotan tantos verdes como colores hay en la tierra: el verde tierno con pinceladas de rojo, como retoño de hojas de guayaba; el verde suavcito, casi blanco; uno que parece un bombillo encendido; otro oscuro, que se confunde con la noche; otro de hojas secas que hacen crujir las pisadas. Hay un verde que más bien es amarillo; y unos verdes que vuelan, como los pericos y los loros en los maizales. Cada árbol de la sabana tiene su propio verde. Las hierbas, la paja, el gamelote, todos tienen sus colores esmeraldas. Tempranito, los venados buscan el verde tierno y pasan apurados por las lagunas.

Un día Chucho le preguntó a Avelino:

—¿Cuáles son los tres colores primarios, papá?

—¿Primarios? —dudaba Avelino...

—Sí, de los que nacen los demás colores...

Avelino miró al horizonte, donde la sabana se junta con el cielo, y le contestó con la mayor seguridad posible:

—¡Ah...! El verde de la sabana, el azul del cielo y el marrón de la tierra. Del verde de las matas y los palos nacen las flores amarillas, blancas, moradas, rojas. En el azul del

cielo, el sol pinta todos esos colores, y cuando llueve de la sabana y el cielo nace el arcoíris. Del marrón de la tierra nace la sabana.

Al final de las vacaciones, Chucho le dio aquella respuesta, por demás poética, a la maestra, quien le aclaró:

—Suenan bonito, Jesús. Solo acertaste con el azul. Los tres colores primarios son el amarillo, azul y rojo; de allí es que nacen los otros colores, incluyendo el verde y el marrón. Debes explicárselo a tu papá.

Cuando Chucho volvió a La Negruzca, al tener la oportunidad, aunque algo apenado con su papá, le dio el mensaje de la maestra. Avelino, como restándole importancia, le dijo: “Después hablamos”. Ese mismo día esperó a que fueran casi la seis de tarde, buscó a Chucho y a Perucho y caminó con ellos hasta el lugar más alto de la vaquera. En el camino les fue mostrando las plantas y los árboles cercanos a la casa. A cada uno, tanto a Chucho como a Perucho —y él mismo—, les hizo agarrar del suelo un puñado de tierra húmeda que de seguida fueron cerniendo entre los dedos de sus manos; y mientras el polvo caía al piso les expresaba:

—La tierra es vida, sin ella no hay sabana; sin los palos del monte, los árboles, como les dice la gente estudiada a los palos, no llueve.

Más adelante se detuvo en un arbusto de onoto, tomó un fruto, lo abrió y pintó las mejillas de rojo a los chicos. De ahí fue a la mata de limón y arrancó un fruto amarillo, y les aclaró:

—Era verde; cuando maduran se ponen así: amarillitos. El limón es bien bueno para curar la gripe y refrescarse del calor.

Recorrió con ellos una cerca natural de cayenas y de ixoras con flores blancas, rojas, amarillas y naranjas. Les

enseñó un cují espinito de florecitas rojas y continuó hablando con ellos, que escuchaban atentos, como si estuvieran en la escuela:

—De sus ramas se sacan las varas para asar la carne. A los chivos les encanta comer sus ojos; huelen sabroso, pero hay que tener cuidado con las espinas.

Cuando arribaron a la vaquera, la tarde empezaba a caer y el cielo se pintaba de naranja, amarillo, rojo, negro. Avelino miró fijo al horizonte y sus hijos hicieron igual:

—Cuando al sol le faltan como diez minutos para esconderse, uno puede mirarlo sin problema, le hace bien a los ojos, evita las cataratas. ¡Alláaa van y vienen las últimas garzas blancas y las corocoras rojas a dormir en los palos de las lagunas!

Luego, refiriéndose a la preocupación de Chucho, preguntó:

—¿Tú me entendiste lo que dije sobre los colores primarios, hijo?

—Sí, papá, el verde de la sabana, el azul del cielo y el marrón tierra son los colores primarios —dijo el muchacho, absolutamente convencido.

—Una tarde de estas invitamos a tu maestra a ver esto y veraz que entiende. Por ahora vamos a llevarle la corriente.

—Yo también entiendo, papá —dijo, risueño, Perucho, mientras que el colorido cielo llanero se iba tornando del todo negro y empezaban a dejarse ver los primeros luceros blancos de la noche.

La camioneta y el morrocoy

—¿Usted se acuerda, Emilio, cuando nos perdimos cerca del fundo de los morichales, buscando morrocoyes?

—No me venga otra vez con esa mala historia, tío. Me acuerdo y me arrepiento de haber ido pa esos campos tan lejos.

Avelino se refería a un evento muy recordado porque coincidió con otro no menos celebrado: la reparación de uno de los contados vehículos de gasolina del pueblo, la camioneta de “el *Andino*”.

El *Andino* era un señor muy educado que se había venido a vivir al pueblo; después de varios años había terminado de componer una vieja camioneta *pick up* roja y blanco del año 1968, cuya jaula era de listones de madera. Él llegó al pueblo en ese carro, cargado de equipaje hasta los *tequeteques*, que más bien parecía un coterero. Venía con su esposa, una señora blanca de cabello largo, como la cola de una yegua, y con un casar de hijos: una niña de cachetes rosaditos, de nombre Yubiri; y un varoncito, más grande, llamado Evaristo.

El cuento fue que la camioneta, que cruzó montañas y caminos de tierra, a los días de llegar al pueblito, tal vez por tanto esfuerzo, pronto se averió. Luis Motor, muy solícito, se ofreció a ayudar al *Andino*, pero este le porfiaba que él sabía arreglar su carro. Unas veces, su esposa, la *Andina*, lo aconsejaba para que aceptara el socorro de Motor, pero

el hombre se negaba rotundamente. Así pasaron como tres años, en lo que su único vehículo fue una bicicleta de carga, llamada de *reparto*; de esas que tenían una gran cesta que sobresalía del manubrio.

El *Andino*, hombre trabajador y del hogar, estableció un pequeño negocio de víveres, al que llamó pomposamente “La Gran Parada Andina”, cuyo cartel –cortesía de una empresa de refrescos de cola– era casi tan grande como la sede del establecimiento. Era una bodeguita a la orilla de una redoma, que quedaba cerca de la esquina de Ramón Blanco, el arpista, y donde la carretera por donde llegaba el autobús se bifurca hacia la segunda calle del pueblo, que para entonces solo tenía dos principales y, con el tiempo, al crecer, surgieron otras dos más cortas. A veces, algunos de los camioneros se paraban allí y le vendían frutas, a bajo precio, que luego el *Andino* revendía. En esas ocasiones, el *Andino* les mostraba su camioneta accidentada y alguno que otro camionero, de vuelta, le traía un repuesto y le daba sus recomendaciones: “Revísele el cigüeñal”, “Púrguele el carburador”, “Cámbiele los amortiguadores”, “Póngale bujías nuevas”, “Esta camioneta es de las guerreras”...

A los mediodía, los niños que venían de la escuela se paraban a ver el vehículo, a conversar con el *Andino*, con Evaristo, o con Yubiri, cuando la chiquilla andaba por ahí. El *Andino* les regalaba a cada uno un caramelo de un centavo y los despachaba: “Sigán para su casa que los están esperando. Cuando la camioneta esté lista les voy a dar un paseo por los morichales”.

Y ese día, para sorpresa de todos, llegó. Avelino, siempre de ayudante y reparador de aparatos, le tocó pasar el suiche y... ¡Ruunnn, run! ¡Taca, taca, taca! ¡Ruuun!

Solo faltaba inflar los cauchos. Los muchachos más grandes, entre los cuales estaba Emilio, ayudaron. Avelino, que ese mediodía andaba visitando a la abuela María Eloísa, cuya casa estaba empezando la segunda calle, les dio una mano. Desmontaron las llantas y las llevaron donde Luis Motor. Este les dio una buena noticia: “Los cauchos aún están buenos... Solo les falta aire”.

Los llenó de aire, los montó en su camioneta y se los llevó a la Gran Parada Andina, donde ayudó a ponérselos a la vieja camioneta *pick up*.

“Los que quieran probar esta nave que se monten”, dijo el *Andino*, en orgullosa invitación.

Emilio, Evaristo; Memo, el de Jerónima; y un par de jóvenes adolescentes se encaramaron atrás. Avelino, siempre precavido, subió con ellos para cuidarlos. Adelante se montaron: al volante, el *Andino*; y de copilotos, su esposa y Yubiri.

El *Andino* manejaba despacio, a no más de 40 km por hora. Memo soltó un chiste acerca de la camioneta, que hizo que todos rieran a carcajadas, dándole al paseo un aire de festividad: “Si el *Andino* se vino a esta velocidad desde los Andes, debió durar como un año en llegar al pueblo. Ni el señor Domingo en “El Morrocoy”.

Al llegar a los palmaritales, el *Andino* detuvo el carro. Estaban como a unos diez kilómetros del pueblo. Los pasajeros se preocuparon, pensando que se habían accidentado, pero el *Andino* los sacó de dudas.

—Me paré a ver cómo les iba allí.

Fue entonces cuando Emilio le dijo a los compañeros de viaje que por allí se conseguían unos morrocoyes enormes:

—¡Qué tal si buscamos uno!

—Si quieren se quedan, mientras yo voy a la bomba “Los Dos Caminos” a echar gasolina, y de regreso los pasó buscando —les ofertó el *Andino*—. O se ponen a comer corozo.

Emilio, Evaristo, Memo y los dos jóvenes, junto con Avelino, aceptaron. Estos últimos se pusieron a comer corozo y a jugar cerca de la carretera, porque no les llamó la atención buscar morrocayos y tampoco querían seguir llevando sol en la camioneta. Los otros tres se internaron en la finca y pronto perdieron de vista la carretera. Avelino prefirió quedarse a cuidar a los más jovencitos y a estar pendiente del regreso del *Andino*.

Como a la media hora, Emilio vio un morrocayo comiendo retoños; era grande, como nunca lo había visto en el pueblo; tal vez del tamaño de la mitad de un saco de cemento. Sin pensarlo mucho, lo atrapó y se lo montó en el hombro, cuidadoso de su hallazgo.

—Vámonos pa la carretera, muchachos, a *esperá* al *Andino*.

—Ese animal pesa, Emilio; busque uno más pequeño —le sugirió Memo.

—Ustedes no se preocupen que el que lo va a *llevá* soy yo —ripostó Emilio.

Emprendieron el regreso. Caminaron de aquí para allá, con la sensación de que volvían al punto inicial; nada que se encontraban con la carretera. A veces llegaban a una vía angosta, de tierra, pero no era la principal; era una interna de la finca. Se habían perdido. Como el grupo caminaba al paso de Emilio y su pesada carga, la cual se veía obligado a cambiar de lado, de un hombro para el otro.

—Deje ese animal, Emilio. Hay que apurar el paso no sea que el *Andino* nos deje —le reprochaba Memo.

—Sí, sí. Se está haciendo tarde y ya mi papá debe estar llegando —insistía Evaristo.

—¡No, señor! ¡Tanto que he andado con este peso! Yo no dejo este morrocoy, aunque me lo tenga que llevar caminando hasta mi casa.

Anduvieron bastante porque, entre la espesura del monte y los bajones del terreno, no era fácil ver el sol y guiarse. Afortunadamente, para ellos, el *Andino* manejaba despacio y la carretera era de tierra y ripio, lo que dificultaba el avance de los vehículos; así que tardaría en pasar de vuelta. Emilio, cansado, se rindió. Ante la extrañeza de Memo y Evaristo, puso el morrocoy en el suelo. El gracioso animal, ya libre de su captor, empezó a caminar despacito, como si conociera el camino.

Los tres muchachos aceleraron el paso. Para su mayor sorpresa y alegría salieron a la carretera en el momento justo en que venía la camioneta del *Andino* con los demás pasajeros, menos ellos. Tampoco vieron a Avelino porque aún estaba buscándolos.

—Espere un momento, señor *Andino*, que voy a buscar un morrocoy que dejé ahí mismito —pidió Emilio, con cara triunfal.

—Mire, Emilio —le contestó el *Andino*—, el morrocoy cuando uno lo está viendo es más lento que esta camioneta cuando está accidentada, pero cuando uno deja de verlo es más rápido que un cunaguaro o un conejo.

Emilio corrió hacia el sitio donde había dejado el animal, hacía minutos apenas, pero el morrocoy ya no pintaba por todo eso.

—¡No jile! ¡Ah, buena broma me echó este morrocoy. Como que se lo tragó la sabana —balbuceó para sí mismo.

No se atrevió a buscar más por temor a perderse nuevamente. Afuera, ya Avelino había llegado y se aprestaba a buscar a Emilio cuando este apareció, compungido. Pero el tío no se guardó la comparación esperada por el *Andino*: “A Emilio le pasó como el cuento de Tío Conejo y Tío Morrocoy”.

Nunca supo el muchacho cómo hizo ese enorme animal para desaparecerse tan de repente. Lo que sí nunca desapareció fue aquella anécdota que lo acompañó por siempre. Por mucho tiempo a Emilio, cuando pasaba frente a la Gran Parada Andina, no faltaba un bromista que le gritara *cantaíto*: “¡Morrocoy!...¡Alante voy!”.

La sabana se defiende

Ruperto contaba que la sabana se enfureció cuando llegaron los tractores. Un día, una de las máquinas amarillas, que llamaban Caterpillar, estaba tumbando un drago que servía de punto guía en la inmensa sabana. Con el movimiento, un avispero –de las que llaman *mata caballo*– cayó sobre el maquinista, que debió salir corriendo y pidiendo auxilio.

Esto se repitió en otras partes de la finca; fue entonces cuando decidieron traer los tractores verdes, con cabina y aire acondicionado. Pero cuando la sabana se defiende, se defiende. En una ocasión, casi entrando la noche, trataron de derribar a un gigantesco roble como de quince metros de alto, pero tuvieron tan mala suerte que una de las ramas se precipitó sobre el enorme tractor y casi lo sepulta con todo y chofer. Los maquinistas agarraron cierto respeto y dejaron, desde entonces, de trabajar hasta muy tarde.

Con unas ruidosas motosierras se ocupaban de los paños más rebeldes, aunque los robles y los *pica-pica*, cuando tocaban sus hojas, les hacía enrojecer la piel a los operarios, que por lo general no podían soportar la piquiña. En muchos casos tuvieron que usar la candela para doblegar la aguerrida vegetación. La candela hacía que los venados y los báquiros corrieran monte adentro; algunos caían con los disparos de una escopeta que nunca faltaba en esos tractores. Los morrocoyes, las lapas, los cachicamos y conejos, se morían encuevados, calcinados por el fuego.

Debido a la inclemente tala, abundaron las rolas de madera buena. Si antes los camiones se llevaron los caballos y las yeguas, volvieron luego para acarrear la madera de los cedros, los dragos, los robles, las caobas y los samanes, caídos en aquel combate desigual contra la furia humana de las motosierras y la maquinaria pesada.

—¡Qué vaina, tío Avelino!, tan sabrosa que era esa finca antes de la deforestación.

—Años después —contaba Avelino—, la finca perdió el encanto de la sabana. Chucho y Perucho, ya crecidos, no volvieron a pasar vacaciones por allá. Ruperto se dedicó a pastorear el ganado en Palma Bendita y yo me vine a vivir al pueblo. A los años me encontré con el Negro Bermúdez. El hombre, primero, se puso muy próspero por la venta de la madera, la carne y el queso, pero después dejó de producir porque esas tierras de La Negruzca están muy lejos del río y sin agua es muy difícil sembrar y criar ganado. Sin la sombra de los palos se secan las lagunas y los esteros. Pa más ñapa, muchos peones se fueron.

—¿Eso por qué, tío? Más bien debieron meterle el hombro a esas tierras, como si fueran de ellos. *Hacé* una *contrata* con los dueños.

—No los dejaron, sobrino. Lo que pasa es que los jefes quieren siempre *conservá* al empleado y para que no se les vaya no le pagan mucho ni le dan demasiado; ni le pagan muy poco; más bien, a veces le suben algo el salario, pero nunca lo suficiente, así el trabajador se haga la ilusión de que en cualquier momento va a cobrar más.

—No entiendo pa qué *jacen* eso los patronos, tío Avelino...

—Para que el obrero nunca tenga lo suficiente para independizarse y siempre dependa del patrón —concluía Avelino, sentado en el corredor de su pequeña casa.

Cabalgando en la llanura

Chucho y Perucho aprendieron a montar a caballo con Palma Bendita, el último cimarrón de la sabana. Ellos pensaban que Ruperto no estaba al tanto, pero el hombre, sigiloso, los vigilaba para cuidarlos; no fuera que Avelino, que a veces andaba con los apellidos atravesados, se enterará y los reprendiera. Avelino era tranquilo y cuentero, pero a veces estallaba; así que Ruperto, en complicidad con Plácido, tapareaba a los muchachos. Plácido, el cocinero de la finca, justificaba, convincente, a los hermanos:

—*Gua*, Ruperto, aquí se necesitan buenos jinetes pa *ayudá* con el arreo, el pastoreo y pa *meté* las vacas al potrero por la tardecita.

—Asina mismo es, Plácido —le respondió Ruperto, fijándose que los dos muchachos de Avelino estaban en el potrero de al frente—. Allá van. Mírelos *agilando* pa' *onde* Palma Bendita, que ya se está acostumbrando a *pasialo*.

Pero aquel día Chucho tenía otro plan. Estaba empeñado en montar un caballo alazán, llamado Centella. Nunca falta un caballo con este nombre en el campo, porque la centella es la compañera del llanero en el invierno lluvioso. Para el citadino es una chispa, para el campesino es un rayo, un relámpago; es la luz que anuncia el inmediato trueno que aturde el oído y avisa que un árbol ha caído allá a lo lejos. Muy pocos caballos fueron apodados “Trueno” porque al

llanero no le gustaba el estruendo, salvo que fuera su voz al pie del arpa, el cuatro y los capachos.

Esa vez, Perucho, el menor, le advirtió al hermano:

—No se atreva, Chucho; ese caballo Centella es muy certero, ¡joyó! Usted anda buscando que esa bestia le dé una revolcada.

—No seas miedoso, Pedrito. Ya yo he montado ese caballo a pelo en la laguna.

Era cierto. Chucho había cabalgado a Centella un par de veces en la segunda laguna, la que no se veía desde la casa; la que no tenía *babas* porque esas bichas mordían a quien se les descuidara. En la segunda laguna bebían las novillas y las vacas; allí los peones bañaban sus caballos sudados, por eso Ruperto y Plácido pasaban de cuando en vez a limpiarla de cualquier *babo* o caimancito que se hubiera ido de la primera laguna a cazar galápago en la segunda. En la segunda laguna los becerreros aprendían a jinetear, aprovechando que el barro y el agua apaciguaban a los caballos.

Chucho llevó otra vez a Centella a la laguna, le puso el bocado y las riendas, lo llevó a hasta donde aún podía caminar y se subió en su lomo. Entrando en confianza, lo sacó de la laguna y lo hizo trotar. Su hermano Perucho miraba desde detrás de unos mantecos, a orillas de la laguna.

El alazán galopaba, corría, se encabritaba, buscando deshacerse del atrevido jinete. Chucho trató de frenarlo. Centella parecía no sentir el freno en su boca; corría, frenaba, corría, se paraba en dos patas... Entonces Chucho decidió saltar para evitar una mala caída, pero no logró soltarse a tiempo de la sogá y esta se le enredó en una pierna. El atrevido muchacho fue arrastrado unos cuantos metros. Crease o no, Centella se percató del percance que sufría su aprendiz de jinete y, piadoso, se detuvo. Así fue como

Chucho pudo zafarse y quedar tendido en el suelo. La espalda le ardía terriblemente.

Perucho, que no perdía detalles de lo que hacía su hermano mayor, vio todo. Apenas lo miró caer corrió a auxiliarlo, veloz como un potro cachilapo. Agarró las riendas y antes de que Centella reaccionara lo detuvo por completo.

—Te lo dije, Chucho, te lo dije que este caballo te iba a dar una revolcada.

Prefirió no seguir recriminando porque observó la cara al borde del llanto contenido de su hermano, que adolorido se quitó la franela y le mostró la espalda rasgada por las matas y piedras del piso.

—Quedé muy rallado, Perucho?

—Por demás. Vamos a casa de Teodosia para que te cure. Ándate adelante, que yo llevo a Centella al potrero.

Teodosia supo rápido qué hacer. Puso a hervir agua, la vertió en un balde y bañó a Chucho para quitarle el polvo y las piedritas; después curó con alcohol las heridas. Chucho lagrimeó, pero no lloró. La mujer hirvió más agua e hizo un guarapo de hojas de la mata *colombiana*. Le dio al muchacho una toma y luego le frotó las espaldas con las hojas cocidas, dejando pedacitos donde las heridas eran más visibles. Después le trajo una franela limpia de algodón y le indicó que se echara de espaldas en una campechana a descansar un rato.

Chucho durmió como una hora y se despertó aliviado, como si nada. Teodosia le sirvió un caldo de pollo y le dio una aspirina: “Pa que no le duela la revolcada y no camine *torció*”.

Una vez que comieron, ella misma los llevó a la casa grande. Al salir, le comentó a Ruperto, quien por respuesta le dijo:

—Ese carajito es bien bravo. Ya está por graduarse de jinete. Y el hermanito no se queda atrás, no le tienen miedo a nada.

—Estate pendiente, Ruperto. Métele el ojo a Chucho, que ese apenas pueda va a volver pa la laguna. No le vayas a decir nada a Avelino, hasta que los vea galopar por la sabana.

—Tú sabes que en la sabana no hay cómo guardar un secreto, Teodosia. Tú lo sabes.

Teodosia le dio un par de palmaditas a cada muchacho y se despidió:

—Mañana vas por la tarde para darte otra cura, Chucho. Chucho asintió con la cabeza.

Teodosia y Ruperto se miraron con complicidad y picardía. Desde que trabaja en La Negruzca, Ruperto cuando podía pasaba a tomar café por donde la mujer, que tenía su casita en un terrenito aledaño a la finca. Teodosia era la encargada de hacerle limpieza a fondo a la casa grande, cuando venían los Bermúdez.

—¿Y usted no sabía nada de eso, tío?

—Que voy a estar yo sabiendo, Emilio. Uno andaba por esos potreros arreglando empalizadas pa que no se escaparan las reses, arreando ganado, regando las siembras, curando animales. Regresábamos en la tarde, cuando ya el viejo Plácido tenía la comida pa toda la peonada. Ruperto, ya mayorcito, se quedaba para buscar en la tarde a las vacas paridas y a *encerrá* a los becerros. Chucho y Perucho lo ayudaban con los terneros, aunque más se la pasaban *onde* Teodosia, que los tenía consentidos.

—¿Y cómo se enteró usted del asunto de la caída del muchacho? —insistió Emilio.

—Porque Perucho quedó preocupado por la arrastrada que le dio Centella a Chucho. Y como el Chuchito volvió a los días a llevar a Centella a la laguna de los mantecos, Perucho me preguntó:

—Mire, papá, ¿cuándo será que nos van enseñar a montar a caballo, para ayudar a Ruperto a buscar los becerros. Chucho dice que él quiere aprender y yo también quisiera.

Avelino, rapidito, captó todo el asunto. Él mismo había aprendido a montar solo, en una laguna. Así que, siguiendo la corriente a Perucho, le replicó:

—A montar a caballo aprende uno mismo, hijo. Uno, primero, empieza a ayudar a bañarlo en la laguna; después, a ponerle y quitarle los aperos y las sillas. Hay que *sabé* bien que los caballos de los fundos no son para carreras, son para el arreo, para el trabajo. Es bueno que aprendan, así nos ayudan.

Perucho, ese día, se marchó contento a contarle a Chucho lo que había conversado con Avelino; fue el mismo día que encontraron la novilla muerta a orillas de la segunda laguna. La noticia la trajo Ruperto:

—Encontramos una novilla muerta cerca de la primera laguna, Avelino. Usted dirá si la componemos para comer o se la acercamos a los zamuros y carroñeros del monte...

Avelino tiró la mirada hacia la lejanía y, como si estuviera todo escrito al frente, fue diciendo sus pensares, frase a frase:

—Lo más seguro es que a esa novilla la picó una culebra. Ya debe tener toda la carne *envenená*. Hay que retirarla bien lejos, Ruperto, que no ventee pa'cá la hedentina. Llévase a Chucho, que ensille a Centella, y le dice que arrastre esa

novilla muerta llano adentro, hasta que ya él no vea la casa grande.

Ruperto comprendió todo, palabra a palabra. Le transmitió a Chucho la orden de Avelino y se fueron juntos a la laguna donde estaba la novilla muerta.

Ruperto amarró de la cola de Centella, en la gurupera, una sogá. Del extremo contrario ató el cadáver del animal alrededor de la cadera, alineando las patas traseras con la cuerda en dirección a Centella.

—Súbase a la bestia —le dijo Ruperto a Chucho, quien lo hizo sin pestañear.

—Fíjese, Chucho, arrastre la novilla. De vez en cuando tiré la vista pa atrás, pa que se oriente. Cuando ya no vea la casa de los Bermúdez, bájese del caballo, suelte el nudo y deje a la novilla allí, que las fieras del monte y las carroñeras harán lo suyo.

—Está bien, Ruperto. Ya estoy listo —afirmó, entre entusiasmo y preocupado por la particular tarea.

—No vas a estar solo, muchacho. En el llano todos velan a sus muertos.

Diciendo esto le dio una palmada en el anca al alazán, que echó a andar pausado, frenado por el peso que arrastraba; esta vez Centella, a diferenciar del día de la arrastrada, estaba dócil, manso como Palma Bendita.

Más allá, unas vacas que bebían en la segunda laguna alzaron la vista y vieron que Centella caminaba arrastrando a una novilla. Entonces, como si se hubiesen puesto a llorar, mugieron, avisando, lamentando: “¡Muuuu! ¡Muuuu! ¡Muuuu!”.

Así, mientras el caballo caminaba, llevando arriba a Chucho y a rastras la novilla, de los alrededores las vacas que pasteaban se fueron acercando con la cabeza casi al

ras del suelo, formando, poco a poco, una procesión que acompañaba el cortejo fúnebre de la vaquita muerta. Los “muu” se iban sucediendo, sin pausa, y con ellos crecía el número de la procesión: “¡Muuu! ¡Muuu! ¡Muuuuuuuu! ¡Muuuuuuuu!”.

A Chucho le fue invadiendo el miedo, pero sacaba valor para seguir. “Todos velan a sus muertos”, recordaba.

Centella daba pasos más rápidos, casi trotando; las vacas y otras novillas seguían detrás, formando una inmensa media luna, con sus mugidos como en llanto: “¡Muuu! ¡Muuu! ¡Muuuuuuuu! ¡Muuuuuuuu!”

Al tiempo, en una de las veces que volteó hacia atrás, Chucho no vio más la casa grande, pero no se bajó del caballo. Estaba asustado. Parecía que todas las vacas de la finca se encontraban allí, en el velorio de la novilla. Chucho se inclinó hacia atrás en la silla y desató, de la cola de Centella, la soga y la dejó caer. De seguida taloneó el caballo y se alejó unos cien metros del velorio, hasta un espacio donde pudo girar. Luego, galopó a toda prisa hacia la casa. A medio camino, vio venir a Ruperto montado en Palma Bendita, trayendo en ancas a Perucho. Al encontrarse, pararon a los caballos casi de frente. Chucho sintió sosiego; Ruperto le habló socarronamente: “Váyase pa la casa. No se preocupe por el mecate que yo voy precisamente a buscarlo. A partir de mañana le va a tocar arrear las vacas de ordeño. Ya *usté* ta *jecho* un hombrecito”.

En la casa grande, Avelino, Teodosia y Plácido lo esperaban con un arroz con leche y dulce de *cirgüela* de huesito, que estaba para comer y repetir y, pa “más ñapa” –como decía Plácido–, habían sacado unos refrescos de colita de los que traía el *Negro* Bermúdez cuando llegaba de la capital. Al rato nomás llegó Palma Bendita

con Perucho y Ruperto, quien gritó desde el caballo:
“¡Ya tenemos un nuevo vaquero, Avelino! Y es de la
familia...”.

Trabajando en los maizales

Perucho, el *bordón* de los hijos de Avelino, se había amañado con la compañía de Ruperto, el hombre de confianza de su papá. Avelino, además, le había pedido a Ruperto que les enseñará a los muchachos el valor del trabajo: “Pa que sepan cómo se bate el melao y de grandes puedan defenderse sin el *papa* y la *mama*.”

Paula, la que fue pareja de Avelino, se había quedado a vivir en la capital y en las vacaciones escolares largas mandaba a los dos muchachos a casa del papá, cuestión que a ellos les gustaba más que nada, aunque volvieran con su mamá en octubre quemaditos por el sol y a veces desguzados por los zancudos que pululaban en la laguna número dos, porque en la uno los sapos y las ranas se encargaban de los indeseables voladores.

Perucho estaba un día merodeando por la quesera; le gustaba probar el queso recién sacado del cajón de madera. Ruperto se le apareció por allí y le dio una idea que al pequeño Pedro le gustó.

—¿Qué tal si aprendes a hacer queso?

—Pues enséñeme, Ruperto.

—Lo primero es *prepará* el cuajo. El cuajo es el líquido con el cual se hace que la leche se endurezca o se cuaje, como decimos por aquí. El cuajo se hace salando tripa de ganado o venado o panza de cochino. Se le pone bastante

sal y se cuelga en una cuerda al sol hasta que quede bien seco.

—¿Para qué se hace eso, Ruperto?

—Mire, Perucho, una vez que ese pedazo de tripa esté bien seco, se busca suero de leche, como un pote de más o menos cinco litros y allí se mete la tripa durante una semana, más o menos. Eso va a *agarrá* un color amarillento. Y cuando se va a *jacé* el queso, en un molde como de cinco litros pone una taza de cuajo en la leche de vaca.

—¿Pero cuánta leche se necesita para un kilo de queso, Ruperto?

—Como nueve. Después que se le pone el cuajo, mezcla y lo deja *reposá* unos treinta minutos; se le saca el suero, se sala, se deja en un molde y se prensa. El molde es ese cajón de madera —dijo Ruperto, mostrándole unos recipientes de madera curtida, con avugero—. Los hay de cinco kilos pa'lante.

Perucho miraba atento, entonces uno de los peones de la quesera le dio un pedazo de queso llanero, que el niño se comió goloso, mientras balbuceaba risueño:

—Mañana comienzo a quesear, Ruperto.

—*Jártese* de queso, que está bien bueno —reía el indio.

Como en La Negruzca se hacía cada vez mayor la siembra de maíz, el *Negro* Bermúdez contrataba para la cosecha a unos veinte obreros de pueblos vecinos, para que después que las cosechadoras mecánicas hicieran el trabajo grueso, los hombres de a pie realizaran lo que se llama en el llano “un repaso”; que consiste en irse por los surcos donde estuvieron sembradas las plantas de maíz e ir recogiendo y metiendo en sacos las mazorcas. El capataz delimitaba un

territorio donde se hacía la cosecha manual, a la que el llanero llamaba “un corte”, que venía siendo una extensión de aproximadamente una hectárea. En ese espacio entraban de unos doce o catorce surcos, bien parejos, distanciados como un metro entre sí. Así que a cada obrero se le asignaba un par de surcos, por corte, para el repaso.

Las verdes plantas de maíz se extendían en largas filas, con la disciplina de un batallón del ejército. Cuando estaban cargadas de mazorcas, parecían soldados armados, prestos al combate.

Los trabajadores llevaban bolsas grandes, antes hechas de tela de saco; después, tejidas de plástico, como de cuarenta kilos. Los obreros se colocaban al principio de la línea, como si fueran a competir en una carrera. Arrancaban encorvados, agachados; los que tenían más experiencia terminaban lo antes posible su surco e iban llenando las bolsas de mazorcas y las dejaban a cierta distancia, para de inmediato cambiar de línea. Al concluir, las llevaban al lugar de acopio, donde el capataz o el encargado las contaban y anotaban, para cuando llegara el viernes pagarles por saco lleno. Los obreros repasaban todo un corte y se movían a otro.

Iniciaban el trabajo tempranito, con la salida del sol. Llegaban bien desayunados como a las seis y veinte; de seguro habían comido una buena arepa rellena con perico, queso y mantequilla. Unos llevaban su tapara de agua, forrada en tela de saco para conservarla fresca; otros, los que podían comprarlo, un termo. Los había quienes tenían su vianda de aluminio, con su bastimento en el recipiente de dos compartimentos; su porsiacaso, que generalmente eran unas caraotas o frijoles con queso, arepa o arroz, que sus madres o esposas les preparaban en la madrugada.

Como a las once, ahuyentados por el sol, concluían la faena; un camión los recogía y los trasladaba al pueblo vecino. Al día siguiente, a las seis de la mañana los volvería a buscar para dejarlos en el trabajo. Así era diariamente, hasta que no quedaran más cortés que repasar.

Esos son los meses del año en los que los camiones llegan una y otra vez para llevarse la preciada carga a los silos de las ciudades, donde el maíz se procesaba para la harina blanca, los cereales y tantas cosas que de él sacaban en las ciudades. Eran los días cuando más movimiento había en los negocios de Luis Motor, Gondellez y Ñáñez. Eran los tiempos —como le recomendaba Tomasa— en los que el coterero iba a vender y a cobrar; cuando la cauchera de Luis Motor tenía más trabajo y el nietecito de Tomasa vendía más arepas rellenas.

Ruperto le comenta a Perucho que a él le gusta más el maíz jojoto, porque se los lleva a Plácido o a Teodosia, que cocinan unas cachapas “calidad”; que con ese queso fresco “mire, ya le digo...”.

—Esas cachapas de Teodosia no tienen padrote, Pedrito.

—Yo prefiero la mazamorra y el carato, Ruperto —le comenta Perucho, imaginando el majarete de maíz tierno con el que lo consiente Teodosia; o la rica chicha de maíz que en diciembre, cerca de la Navidad, prepara Plácido para gusto de la familia Bermúdez y la peonada.

—El maíz sirve pa todo muchacho, pa'cerse rico o pa'cerse pobre o pa'*cabá* con los montes donde viven los animalitos de la sabana. Pero venga pa que aprenda a *cosechá*. Póngase en este surco al lado de esta línea. No se vaya

a meter pa la línea de la izquierda que esa es de otro trabajador. Siga derecho por la suya

Perucho estaba emocionado. La carrera arrancó. Rápidamente, Ruperto se alejó. Perucho no levantaba la cabeza para guiarse y sin darse cuenta se salía de su surco. Ruperto volteó y le gritó:

—¡Perucho! ¡Perucho! Siga por su línea, siga por su línea.

Perucho alzó la cabeza y con los brazos hacía señas para dar a entender que no oía nada. Ruperto, muy expresivo, le indicaba que “por ahí no”, “por aquí”; pero Perucho no escuchaba. Ruperto retrocedió casi cien metros hasta donde estaba el muchacho y le gritó de nuevo:

—¡Perucho! ¿Usted me está oyendo? No se salga de su surco; siga derecho, como le dije.

Perucho hizo gestos de que sí, pero evidentemente no tenía aún la experiencia, además de que sintió la piquiña que produce la pelusa del maíz.

—Yo lo que tengo es sed, Ruperto —exclamó, rendido, el hijo pequeño de Avelino.

— ¡Qué vaina con el *bordón*! —decía para sí mismo el buen hombre.

Al día siguiente, Ruperto le encomienda a Perucho hacerse cargo del termo de agua. Perucho no está muy convencido de aquella tarea, pero a fin de cuenta así tendrá algo que contarle a su hermano Chucho, a Avelino, a Teodosia y a su mamá cuando vuelva a la ciudad.

Ruperto pasó buscando al muchacho por el comedor de la casa grande. No a la seis, sino a la ocho, para que Perucho

no le agarrara miedo al trabajo y se fuera amañando. Con paciencia, le explicó a Perucho lo que debía hacer:

—Mire, *bordón*, lo que tiene que hacer es cuidar el termo de agua, mantenerlo en la sombrita y cuando yo le diga me lo acerca. Para que no se aburra, si quiere puede ir cosechando por este surco hasta que llene el saco. Yo le aviso qué tiene que *jacé* con él.

Ruperto concluyó la explicación, seguro de que Perucho le había entendido, y se fue raudo a repasar un surco para recuperar el tiempo perdido. Perucho, aún con sueño, se dedicó, sin mucha prisa, a llenar el saco; a veces se entretenía contando cuantas mazorcas cabían en una bolsa, a veces tomaba agua del termo, o corría detrás de los pájaros que volaban en picada a ras del suelo para comer el maíz que se había ido desgranando. Eran bandadas de pájaros negros, muchos.

Un día, en un corte aledaño a una empalizada, vio llegar a dos monos araguatos. Estos descendían, corriendo, de uno de los pocos árboles que habían sobrevivido a la deforestación, dejado allí para que descansaran los peones; y, con la misma velocidad, sacaban de las bolsas algunas mazorcas de maíz.

“¡Sale, mono! ¡Cará!” gritaban los trabajadores, porque en esas tierras aradas no se consiguen piedras para tirarles a los monos.

Los araguatos, sin despeinarse, se subían a los árboles triunfantes. Los trabajadores pensaban que se quedarían quietos con el botín de mazorcas, pero al rato los monos aulladores volvían por más mazorcas, sin hacerle mayor caso a las voces desesperadas de los campesinos.

Al contrario, tras los estruendosos aullidos “¡Uuuuuueeeo! ¡Uuuuuueeeo!”, de los dos primeros araguatos, aparecían

más, al punto de que los obreros, algo intimidados, se retiraban un poco y permitían que los osados chimpancés hicieran su mercado completo al grito de: “¡Uuuuuueeeo! ¡Uuuuuueeeo!”

Ruperto sudaba, el sol de las diez lo tenía extenuado.

—¡Perucho! ¡Perucho! —gritaba, moviendo los brazos, haciendo mímicas— ¡Tráigame el termo de agua!

Pero el muchacho se había desconcentrado, distraído viendo el teatro de los araguatos. Cuando los aulladores se fueron, otra vuelta miró a Ruperto y le gritó:

—¡Qué pasa!

Ruperto gritó aún más alto, pero el viento soplaba fuerte, haciendo ruidos semejantes a las olas del mar y ninguno de los dos lograba oír al otro. Entonces el hombre recurrió a más mímicas. Con sus manos simuló un bulto y con el pulgar derecho señalaba su propia boca. Perucho reía, los gestos del amigo se le parecían a los de araguatos roba maíces. Al principio pensó que Ruperto estaba imitándolos.

—Ya voy, Ruperto —dijo el muchacho, que al parecer había entendido.

Agarró un saco medio lleno de mazorcas, se lo echó al hombro y empezó a caminar hacia el amigo.

—¡Nooo! ¡Nooo! —aulla Ruperto, saltando, brincando— ¡El agua! ¡El agua! ¡Tráigame el agua!

Pero Perucho continuó, seguro de que estaba haciendo lo correcto y pensando que el hombre estaba otra vez de imitador. Sin darle tiempo a llegar, Ruperto se le aproximó, casi corriendo, hasta que se cruzó con él. Perucho, sorprendido, le dice:

—Le estaba llevando el saco que me está pidiendo. Me hubiese esperado, Ruperto.

El indio no tuvo más remedio que reírse. Buscó desesperado el termo, que había quedado más atrás de Perucho y se tomó unos tragos apurados para calmar la sed. Más calmado le dijo:

—*No jile*, Perucho, usted echa más vaina que un araguato.

—Y usted aulla más que todos esos monos juntos.

* * *

Tanto Chucho como Perucho pasaron un buen tiempo sin regresar al pueblo porque entraron a estudiar en el liceo. Chucho, eventualmente, venía, pero luego hizo vida en la ciudad. Algunas veces, en esos parques donde alquilaban caballos, acompañado de su novia o amigos, recordaba los días en los que montó a Centella y les contaba acerca del velorio de la novilla.

Perucho sí le agarró amor al llano. En el liceo se dedicó al deporte. Cuando regresaba al pueblo, se quedaba un buen tiempo con Avelino, aprovechando para enseñar a los jóvenes y jugar. Fue él quien trajo el baloncesto y el ajedrez al pueblo. Tal vez, por su amistad con Ruperto, combinada con su estadía en la gran ciudad, desarrolló un temperamento jovial, ocurrente, que lo convirtieron en un ser muy apreciado por los jóvenes: eran competitivos, curiosos como él y usaban las frases y ocurrencias de aquel Cantaclaro moderno. Ya más adulto, decidió entrar a la marina mercante y se fue a navegar por el mundo. Todos siguieron a la espera de su regreso para que les contara sus aventuras por esos puertos.

Te llamarás José, María o Ramón

Emilio consiguió ese sábado a su tío muy activo. Lo encontró preparando una masa de barro con hierba.

—¿Qué hace, tío? ¿Usted como que anda jugando con tierra?

—Ah, muchacho pa bruto este sobrino.

—Salí a mi tío, je, je, je.

—Voy a remendar la pared de atrás de la casa, que se ha desgastado un poco.

La casa de Avelino era una de las pocas que aún quedaban de bahareque. Él mismo la reparaba cada cierto tiempo. Hacía la mezcla de barro con tierra, piedritas, algo de bosta de ganado y paja. Sobre el enlatado o esqueleto de bambú lanzaba con fuerza la mezcla, para el empañetado. Cuando se secaba, pintaba con una arcilla que sacaba del patio de la casa. Emilio le ofreció su ayuda, sabiendo ya de la debilidad del viejo hombre.

—¿Por qué le gusta tanto esta casa, tío?

—Porque estas casas son frescas, Emilio. No les cae ni piojito. Aquí las tumbaron con el cuento del chipo y nos llenaron de esas casitas de cemento, que más bien parecen un horno. Yo me muero en mi casa.

—Hay unas casitas que se están cayendo, tío. La de abuela Eloísa se pandeó tanto que ya los horcones casi no pueden con las paredes. Las de la calle principal se están quedando solas, llenas de murciélagos.

—Es que los hijos no han aprendido a hacer esas casas ni a mantenerlas, con tanto material que tenemos aquí mismo. Prefieren el hierro y el cemento. Mire que bonita la casa del telegrafista Ramón Ramírez; o la casita de Ramón Brizuela, al que llaman *Guayoyo*; la de Ramón *Pat'e hierro*.

—Caramba, tío, que ramonera tan grande —se rio Emilio, haciéndole cambiar el tema de la conversación a Avelino:

—Es que en este pueblo todo el mundo se llama María, José y Ramón. Saque la cuenta, lo que le dije: Ramón *Mañanita*, el de la plaza; Hugo Ramón, el de Nicasia; Uvel Ramón, el de Pedro Juan y Laureana; Ramón Blanco, el arpista; Ramón Barrios, el hacendado; los dos José Ramón, padre e hijo; José Ramón Fuenmayor, el bachiller.

—Ramón es el árbol que usan para hacer los horcones de la casa de bahareque, tío.

—¡Asina e! Pero lo que cuenta María Zapata era que ese nombre lo ponían para cumplir una promesa. San Ramón es el patrono de los no natos, los niños con dificultad para nacer. Antes de que las preñadas fueran a parir al hospital de la capital, eran las parteras las que ayudaban al alumbramiento. Yo nací ayudado por una partera, usted nació en el hospital. Todos los hijos de esas señoras mayores, como Eloísa, Tomasa, Teodosia y Eladia nacieron por parto natural con sus parteras. Los muchachos míos nacieron en la maternidad. Entonces, cuando la mujer tenía dolores y el carajito duraba para salir del vientre, pues le encomendaban a San Ramón el asunto y le prometían que si nacía saludable, le llamarían Ramón o Ramona. Hay pocas Ramonas, pero las hay. Lo raro es que con tantos Ramones, yo no conozco pueblo con ese nombre ni recuerdo que le hagan fiesta a ese señor.

—¿Y usted por qué se llama Avelino, tío? —lo registraba Emilio.

—Por otro santo que creo que nada más conocía mi difunta madre, porque mi papá no era muy santero. Yo nací el día de San Andrés Avelino, pero mis padres no me pusieron el Andrés porque ese era el nombre del prefecto de la época y mi padre, que en paz descansa, no lo tragaba, así que me nombró Avelino, sin segundo nombre. Mi mamá se llamaba María Teresa y mi padre Ramón José, ¡ja, ja, ja!: Ramón y María. No te digo yo, puros nombres repetidos, como para que la gente siempre ande volteando pa los lados a ver quién está llamando.

—Eso es por las religiones, tío. En los países musulmanes a los hombres los llaman Alí o Mohamed; y a las mujeres, Sara o Aixa. —complementaba Emilio.

El tío, interesado en lo de su propio nombre, prosiguió:

—Una vez, Evaristo el del *Andino* me saludó en broma y me dijo: “¿Cómo está el señor Avellano? Yo, extrañado por el apodo, que no venía precisamente de Teodoro Rojas, le pregunté:

—¿Avellano? ¿Y eso por qué? —y el muchacho, destacándose con la explicación, me dijo algo que se me quedó en la mente: “El árbol de avellana es el que da la nuez que mientan avellana, señor Avelino, la que se parece al corozo que usaban antes para jugar metras, pero más grande; una *bolondrona*, pues. Es un fruto que da mucha energía al que lo come. El árbol es un palo enorme, tupido, de fuerte como un roble; así como usted, señor Avelino.

—El padre Hilario, para ver si me ganaba pa su feligresía, me decía siempre que mi nombre era bíblico, que venía de Abel, el bueno, pero yo le aclaraba que mi

papa y mi *mama* ni siquiera *leé* sabían. Yo nunca he visto un palo de avellano, pero es como un roble, Emilio. Me gustó esa comparación –sonrió Avelino.

La cura contra el veneno de cascabel

María Eloísa almorzaba con su hermano Fernando, al que apodaban el *Mágico*. Los coloridos platos de peltre estaban repletos de caraotas negras, arroz, tajadas fritas de topocho maduro con un tono caramelo, que al lado del queso rallado blanco provocaba comerlas de un solo bocado. De salado la abuela desmechó una carne seca que había estado al sol los últimos tres días. A su hermano le encantaba aquella combinación. En verdad, a todo el que había comido aquel pabellón criollo de la abuela le quedaban las ganas de repetir. Las tajadas maduras le daban a las caraotas un toque especial de manjar, que al mezclarse con el queso y la carne seca hacían que el comensal, mientras masticaba, estuviera pensando en que la señora le dijera el esperado “¿Quiere más?”.

—Esto sí está bien bueno, hermana.

—Coma pa qué no diga lo que dijo ayer –le bromeó Eloísa.

Como siempre, el hermano *pata'e palo* le prometió que iba a conseguir unos hombres para empañetarle la casa y enderezar los horcones.

—Eso es rápido, hermana. La casa le va a quedar como nueva...

Pero nunca le cumplió. Esa fue una de las casitas de bahareque que, después que murió Eloísa, sucumbió ante el hierro y el cemento.

Mientras ellos hablaban, Palomo corrió, con la dificultad de sus muchos años de perro, hacia un matorral cerca de unos leños apilados en torno a un árbol de mercuré que estaba floreciendo y se puso a *jurungar*. Eloísa lo miró, presintiendo algo.

—Cónchale, Fernando, en ese matorral como que hay algo aguaitando...

Fue entonces cuando oyeron el alarido de Palomo. Eloísa se acercó... su hermano la paró en seco.

—Espera, hermana, que eso fue un quejido como de mordido de culebra.

El hombre tomó una vara larga y se acercó al mercuré, donde el perro blanco se revolcaba de dolor. Apenas metió la punta de la vara en el matorral, una culebra cascabel se deslizó veloz, huyendo del lugar. El *Mágico*, a pesar de su discapacidad, se movía con una inusitada habilidad. Sacó agua del tinajero de la cocina y con una ramita la regó, como hacen los curas, orando en voz baja, casi siseando, como quien exorciza. Repentinamente, de la copa del árbol cayeron cuatro culebras, que se escurrieron raudas tras la primera y abandonaron los predios de la casa.

Eloísa se agachó al lado de Palomo. El animal había recibido la mordida en la pata delantera derecha. Palomo miró a su amiga, lagrimeando, suplicante.

—Sálveme al perro hermano, que este es mi único compañero.

—Yo, en estos casos, solo le rezo a los cristianos mu-
jer. Además, este perro está muy viejo, en las últimas. Es una blasfemia *jacé* oraciones de gente pa los animales.

—Déjelo que se muera de viejo y no *pica'o'e* culebra. Este perro es más gente que muchos por estos lares.

Eloísa estaba brava. Conseguir un antídoto contra el veneno en aquel pueblo era imposible. Normalmente, cuando los animales eran mordidos por serpientes, los sacrificaban casi de inmediato...

—Vaya usted a saber cuántas veces los animales nos salvan sin *andá* pensando si somos o no somos, Fernando.

—¡Dios sabrá! Eloísa. Vamos a ver que se *jace* —exclamó el *Mágico*, conmovido por el amor de su hermana con el perro blanco.

Fernando levantó al animal, lo colocó sobre una mesa de madera, de las que usaba su hermana para poner el molino de moler el maíz. Hizo un lazo fuerte en la parte alta de la pata del animal, apretó con fuerza la herida hasta hacerle salir sangre, y luego chupo fuerte, una y otra vez, la mordida, escupiendo; chupando y escupiendo, una y otra vez. Eloísa observaba, moviendo apenas los labios, orando. Luego colocó al cansado sabueso en una cama de sacos vacíos y rezó, otra vez, siseando inentendible.

Al rato, una brisa fresca sopló en el corredor de la cocina, en los patios, en las ramas de los árboles, como un rocío mañanero. Eloísa sintió que sus manos y su cara se calentaban, como si tuviera un pequeño quebranto. La voz de Fernando la volvió en sí:

—Lo bueno es que no pasó ni media hora antes que le sacara el veneno. Ahora hay que esperar a ver. Deme agua con limón para enjuagarme la boca y jabón azul para lavarme las manos.

Después de ese día no se vio más a Palomo acompañando a María Eloísa. Unos dicen que se murió por la mordida de la serpiente cascabel, otros que había

quedado manco y que Eloísa lo dejaba, por viejo, en el patio, cuidando la casa. Unos creían, otros dudaban de si las oraciones secretas de Fernando Palima también salvaban animales, menos si no eran bautizados.

Las fiestas patronales

El *Negro* Bermúdez detuvo su camioneta, ya algo entrada en años, frente a la *Cauchera LM*. Ya no vestía con botas ni sombrero, por lo que su calvicie quedaba al aire. Era sábado, casi al mediodía. El camión de los obreros estacionó debajo del roble y dejó a algunos. “¡Dale! ¡Dale!”, avisan los que ya bajaron para que el chofer prosiga su ruta. Luego los obreros, alegres porque ese día habían recibido su salario semanal, enfilaron hacia el negocio de Motorcito a tomarse una bien *friita*, antes de *terminá* de llegar a sus casas.

—¡Caracha! Aquí está el *Negro* Ramón Bermúdez —grita alguno a los demás, que avivan los ojos ante la presencia del otrora dueño de La Negruzca y otras propiedades que vendió para quedarse a vivir definitivamente en la ciudad. Él, de inmediato, corresponde con amabilidad y sin perder la compostura.

—¿Cómo están ustedes? Vine pa las fiestas patronales y a ver si saludo a mi amigo Avelino, el mejor encargado que ha tenido finca alguna en todo este llano.

De seguida caminaron al frente del negocio, para el lado de las neveras, y tomaron asiento. Motorcito los saludó a todos y al recibir la primera señal comenzó a repartir las cervezas. Tomasa, que vio llegar a Bermúdez, fue a buscar a Avelino que en poco tiempo estuvo ahí.

Los dos amigos se saludaron como si los años no hubieran pasado, como si se hubiesen visto ayer no más, por

esa costumbre de las amistades verdaderas, que así hayan pasado los años y se tenga distancia de por medio, se alojan en el corazón y en la mente para siempre. Avelino era el recuerdo vivo de la vida anhelada de Bermúdez, que, al verlo, reaccionó como diciéndose “esto es lo que esperaba”.

—Ah, patrón —le dijo Avelino, retador, como si estuviera en la finca—. Escoja pareja pa jugá otra partida de dominó. Todos estos muchachos son buenos, yo voy con Motorcito.

—¿Quién dijo miedo? Tres para dos —respondió, con una sonrisa, Bermúdez—. Y después que le dé una paliza y le quede fuerza jugamos una mano de bolas criollas.

—¡Caracha, *Negro!* El hombre vino retador —apuntó Motorcito, que ya tenía las piedras blancas sobre la mesa en la que ubicó a Bermúdez, junto con uno de los muchachos de la finca de Los Toro.

Las partidas se suceden ruidosas, unos piden recuentos, otros gritan “¡Cabra!”; a alguno le “Ahorcaron la cochina”, que es como le dicen al doble seis; repentinamente, los jugadores gritaban, eufóricos, golpeando una pieza sobre la mesa:

—¡Me acuesto!

—¡Este tenía un violín de *seises!*

—¡*Trancao!*

—Tráigase cuatro frías más.

Los curiosos y los que esperan turno para sentarse con los ganadores animan, hacen bulla, sacan cuentas, apuestan.

—En el dominó los mirones son de palo —les recordaba uno de los jugadores que estaba contando mentalmente las piedras para ver quién tenía cual.

Era la tercera mano, la del *bonito*. Había empate a dos. De pronto, un leco clarito de Avelino dejó en silencio a todos:

—¡Se trancó esta *guarandinga*! Volteen las piedras.

—Mano segura no se tranca. ¿Qué fue Avelino? ¿Le dio por contarse? —pregunta, incrédulo, Bermúdez.

Motorcito, como buen contabilista y cajero, sumó veloz...

—¡Nos fuimos!

El compañero del *Negro* Bermúdez recontó y, en un gesto de gallardía, volteó las piedras hacia abajo y las barajeó levemente, en evidente aceptación de la derrota. Ramón Bermúdez se levantó, sacó unos billetes y le dijo a Luis hijo:

—Cóbrese ahí todo lo que bebimos, Motorcito. Pero no fue por paliza, Avelino. Mañana vamos por la revancha.

—Cuando quiera y dónde quiera —le respondió, risueño, el aludido.

Los dos amigos se dieron de nuevo las manos. Bermúdez se despidió alegre, se montó en su vehículo y se enrumbó hacia la plaza para visitar a unos familiares; para después seguir disfrutando las fiestas. Avelino se retiró, regocijado, hacia la casa de Tomasa.

Tomasa convenció a Avelino de dar una vuelta por la plaza y por la iglesia, pues habían comenzado las fiestas patronales del pueblo. Sabía muy bien que el viejo no era muy religioso, ella lo llamaba “Duende de la Sabana”, por el cariño que Avelino le tenía a todo lo que fuera del monte y de la tierra. Él decía que la gente que contaba estrellas enloquecía, pero muchas veces Tomasa lo descubrió en el corredor de la casa, cuando no había luna, apuntando con el dedo índice de su mano derecha, hacia los titilantes luceros del cielo.

—¿Contando estrellas, Avelino? Cuidado y se le pega lo de María Zapata —le decía, socarrona.

Avelino, medio desconcertado, le salía al paso a la acusación:

—¡Qué va o! Estaba buscando las estrellas que mientan *Las tres marías*, que Emilio me enseñó antenoche. ¡Qué va rilla, que hasta las estrellas se llaman María! Yo digo que si es así, las que están al lado deben ser los Ramones, los José y las Josefinas. ¿Ah, Tomasa?

—Si usted lo dice —le contestaba ella, incrédula—. Yo me llamo Tomasa Josefina. Bueno, póngase el sombrero y vámonos pa la plaza que hoy hay contrapunteos. Lleve real pa que me brinde un *raspao* de colita mezclada con tamarindo, parchita y leche condensada. Por la carne asada no hay problema, ya que en la esquina de Ñáñez hay ternera puesta por José Ramón, el de la Zapatera.

Avelino se puso su sombrero pelo'e guama negro y se fue al lado de Tomasa, conversandito y saludando aquí y allá. Caminaban como siguiendo la ruta diaria de María Zapata, que a esa hora ya había regresado, comido y se había acostado, porque en la mañana debía levantarse temprano a hacer lo mismo que siempre hacía, que era darle un motivo de identidad a aquel pueblito perdido en el llano.

Emilio estaba en la plaza. Era la víspera del santo patrono. Las muchachas vestían, de estreno, vestidos ceñidos de faldas anchas. Los varones se pavoneaban con camisas listadas y manga larga, varios portando elegantes sombreros. Eran las ropas que para la ocasión habían comprado por cuotas.

Más abajo, donde Ñáñez, había un baile de joropo tuvero tocado con violín, donde, como siempre, turnaban los maestros Pedro Herrera, Pedro Nieves, Manuel Santana, Ramón Rojas, Teófilo; y Natividad, el que aprendió a tocar violín con una lata de aceite Diana, de las cuadradas. Las

mujeres –entre las que no faltaban las hijas del viejo Nieves– joropeaban sabroso, con los zapatos como culebreando en el piso de tierra; los parejos daban saltitos y levantaban polvo. En la plaza, los niños pequeños le hacían cola al raspadero, al carrito de algodón de azúcar –que ahora trae colores– y al de cotufas; compraban de la mano de sus madres, tíos, padrinos o hermanos mayores, y se sentaban a saborear, ab-sortos, en esa pequeña felicidad.

De los campos alledaños, como de Los Toro, El Totumo, Soledad, Mazagüaral, Carutico y otras fincas y caseríos llegaban los obreros y las señoras: los primeros brindaban con ron y cerveza, y escuchaban canciones en la rocola de Gondellez; las segundas preferían oír a los copleros en la plaza, escuchar el violín tuyero, visitar la iglesia para pagar las promesas religiosas, comer carne asada y bailar con una sonrisa sostenida, que quienes la miraban no sabían si aquellas damas, al joropear con tanta soltura, lo hacían por gozo o por rito.

Cada día del triduo festivo, los finqueros ofrecían un *maute*, al que llamaban ternera, para que fuera asado a la vara y distribuido gratuitamente entre los presentes. Hubo años en los que un circo, venido de la capital del país, se instalaba cerca de la escuela y las familias curiosas asistían para disfrutar de los payasos, montarse en la noria y ver algunos trucos de magia y acrobacia.

En la plaza se escuchaba el arpa, el cuatro y maracas. Dos copleros contrapunteaban, aclamados por el público que celebraba la contienda. Entre los escuchas estaba el popular Luis Motorcito, animando a los jóvenes. Fue él quien vio llegar a Avelino. Hacía años que el legendario capataz de La Negruzca no se aparecía por las fiestas, desde la última vez que vino con sus hijos. Motorcito les hizo un ademán a

los copleros, que conocían al viejo llanero; señaló a los músicos y estos pararon, momentáneamente, la melodía.

Los asistentes, curiosos, voltearon a ver por qué la interrupción y se alegraron al comprobar la presencia de Avelino, que estaba muy elegantemente vestido y con la vuelta del sombrero a medio lado. Cuando los cantores se ganaron la atención del recio hombre, miraron con intencionalidad a los músicos y empezaron a contrapuntear:

—Ahhhhhhhhhhhhhh, aayyyy, laraylarayyyy

perdone maestro arpista
y amigo contrapuntero
voy a cambiar el consonante
pa saludá'un caballero
se presenta en esta plaza
en este cruce'e camino
un baquiano de esta tierra
el roble don Avelino.

—El roble don Avelino

no hace falta presentarlo
llegó como un torbellino
el guardián de la sabana,
de los verdes y amarillos
de aquel caballo Centella
que cabalgaron sus hijos.

—Que cabalgaron sus hijos
un querendón de su pueblo
aclamado por las mozas
saluda con alegría
porque vino con Tomasa
con su elegante sombrero
y sus nuevas alpargatas.

—Y sus nuevas alpargatas
se vino de La Negruzca
y dejó a María Zapata,
pero trajo su alegría
que nos deja en esta plaza.
¡...!

Los dos versos finales no se comprendieron, se diluyeron entre los aplausos y los vivas, y se confundieron con la música y la voz de los copleros, que, mostrando al capataz sus sombreros en muestra de respeto, cedieron el turno a otros de los solistas, quienes con un joropo trancado pusieron a bailar a las parejas. Ya para esos tiempos se empezaban a oír las rimas de la voz recia del joven José, el hijo de Pedro el violinista.

Avelino cumplió su palabra y le brindó a Tomasa el raspado que el raspadero preparó frente a ellos, después de moler el hielo y poner melado de colita, tamarindo, parchita, y adornando bien con leche condensada.

Una vez que Tomasa sorbió el helado, con mucha calma y estilo, entraron a la iglesia, iluminada todavía; ya no gracias a Pablito, porque ya se habían ido los tiempos en que las fiestas se alumbraban hasta las nueve de la noche, a excepción de si había un gran evento, como una pelea de campeonato mundial de boxeo donde peleará un venezolano. En ese entonces, medio pueblo se iba casa de Nãñez, que tenía una televisión blanco y negro que prácticamente era comunitaria. El alumbrado eléctrico llegó al pueblo en 1977.

Avelino y Tomasa salieron de la iglesia al baile de violín y se comieron un pedazo de sabrosa carne asada con cazabe. En ese lugar, el viejo Nãñez los recibió con un abrazo

y les sacó unas sillas de madera y cuero para que se sentaran tranquilos a comerse el rico plato llanero.

Una gran alegría le llenó el corazón a Avelino cuando se encontró entre presentes con Ruperto y Teodosia, quienes le contaron que se habían casado y vivían en el campo, en su propio conuco. También donde Ñañez volvieron a juntarse con Emilio, que andaba con una novia, pero no tuvo reparo en acompañarlos de vuelta hasta sus casas.

Mientras caminaban, casi en silencio, un ventarrón silbó largo sobre los techos de zinc. Tomasa miró a los lados y le dio una palmada a Avelino, para que le prestara atención, y exclamó:

—Ahí van las ánimas en pena, pidiéndole misa al santo.

Avelino casi la regaña:

—Tomasa tan vieja y creyendo en maullido de gatas en celo.

Emilio y su pareja no hacían más que reírse.

Avelino y las estrellas

Después del baile de violín, Avelino se quedó muy emocionado en su casa. Emilio se había cerciorado de que entrara. El tío le había dicho que no se preocupara y aprovechara la noche para disfrutar las fiestas con la novia.

Cuando se fueron, Avelino salió de nuevo al corredor, posó su mano sobre uno de los horcones y, por instantes, miró el cielo estrellado. Sus ojos, aún soñadores, fotografiaban aquella infinidad de luces; su dedo índice derecho señalaba sus preferidas, sin contar. Buscó brevemente la “Cruz del Sur”, pero se acordó que esas estrellas aparecen en mayo para anunciar las lluvias; entonces apuntó con el dedo a la Osa Mayor y se imaginó a su hijo Perucho navegando feliz por los mares del mundo. En ese momento fue cuando le empezó a dar sueño.

Entró a la casa, encendió la luz; se quitó el sombrero, lo sacudió y lo guindó en un clavo de la pared. De pronto, se encontró pensando en los dos versos del contrapunteo en la plaza que no se escucharon por la bulla de la gente. “Pero trajo su alegría... que nos deja en esta plaza”, se repetía, como para recordar qué fue lo que dijo el coplero después. “Ah, mujeres pa faramalleras –pensó–, no me dejaron *oí na*”.

Colgó la hamaca, apago la luz, “no sea que Tomasa se desvele” –pensó–, y se acostó, repasando todo lo vivido en

aquel día de fiesta. “Ruperto está igualito; indio y negro no se ponen viejo”, se rio.

Mentalmente, trataba, alegre –en tanto las ganas de dormir lo iban rindiendo, dificultándole hilar los “piensos”–, de completar el último septeto del contrapunteo: “Pero traje su alegría... que nos deja en esta plaza”...

“Allí puede rimar: herencia de mi nación... –pensó, somnoliento, en el instante justo en que las palabras empezaron a desvanecerse en la cabeza– inspiración de mi casa. Mañana le pregunto a los copleros. Y le voy a *decí* a Emilio que me anote todos los versos pa *mandáselo* a Chucho y a Perucho...”. El sueño lo venció.

Hora de partir

Aquella noche de marzo, Chucho hablaba con su esposa y su hija mayor de cuando su papá lo llevaba a las fiestas del pueblo. Calculaba que el viejo debía tener ya sus buenos años porque ya pasaba largo los setenta.

—Usted está *ñapiao*, mi don —le bromeaba, a veces, María Zapata.

—Aquí la gente se muere es de aburrimiento, María Zapata —la atajaba Avelino—. Por ese lado el padre Hilario no ganaba nada, *naiden* manda a hacer ya misa de finados.

Varios de los familiares y amigos de Avelino habían fallecido, como María Eloísa, Fernando, Gondellez, María Clemencia, Magdaleno, Teodoro, Pablito, Plácido y otros más. No hablaba mucho de los muertos, pero cuando en sus cuentos aparecía uno, se ponía filósofo y le decía solemnemente a Emilio:

—Con cada amigo que se le muere a uno se nos va acabando la vida en esta tierra —Emilio iba anotando mentalmente.

Chucho sintió en el pecho una tristeza, una nostalgia, una melancolía. Era como si alguien le avisara que debía volver con su padre a ver cómo estaba. Percibió tan cerca la presencia de Avelino, que le informó a su familia:

—Mañana mismo agarró el carro y me voy para el pueblo a disfrutar las fiestas de marzo con mi papá.

Esa misma noche, Perucho, convertido en el capitán Pedro en algún lugar del mundo, navegando en un océano infinito que a veces era azul, como el cielo que su papá le mostró aquella tarde en la vaquera; o que se tornaba verde, como los campos que en la mañana recorría con Ruperto, sintió que el corazón se le encogía y le dieron tantas ganas de llorar que corrió hacia la cubierta para que la tripulación no se percatara.

“Voy a tomarme un descanso para darle una vuelta al pueblo y a mi viejo”, dijo para sí.

Aquella madrugada, Emilio apenas pudo consentir el sueño. La música sonó hasta el amanecer; además, el calor de marzo era más fuerte que el año pasado. Tuvo que abandonar la cama y acostarse en un chinchorro que estaba colgado en el corredor; allí, una dulce tristura le nubló el pensamiento. Era la primera vez que sentía eso. “Mañana voy a la misa del santo patrón y me llevó al tío Avelino, que ayer estaba tan contento y homenajeado. Ya hasta tiene su corrido: ‘El roble don Avelino’”, aunque a él no le gusta mucho que lo llamen “don”: “A mí no me esté *doneando* que yo no tengo real ni abolengo”, dice cuando se molesta.

Tempranito se levantó y echó a andar aprisa hacia la casa del amado tío. Mentalmente, iba haciendo planes para ese día: “Lo voy a sorprender con un buen café. Aunque ese ya debe andar en los patios”.

Cuando llegó, Tomasa y María Zapata estaban paradas frente a la puerta de la casita de bahareque de Avelino. Tomasa se animó un poco cuando vio llegar a Emilio. Este echó un vistazo rápido hacia los patios y la tristeza empezó a convertirse en un doloroso presentimiento. Sacó una llave y abrió la puerta. Observó que Avelino había colgado en la

sala la hamaca goajira para paliar el calor, que una vez le regaló Paula.

Emilio se le acercó despacio, las mujeres entraron tras él. Agarró las cabuyeras y meció suave la hamaca, como quien quiere despertar, sin asustar, a un niño. Nada pasó. Las dos mujeres, comprendiendo lo que había pasado, se abrazaron. Emilio miró el rostro de su tío, cuyos ojos estaban cerrados apaciblemente. Sonrió con cariño y nostalgia y dijo a media voz, como orando:

—Partiste como querías, Avelino. Yo también quiero irme algún día como tú. Llegar a viejo parado y contar lo vivido; acostarme contento, con sueño y amanecer quietecito, sin sufrir, en el otro mundo.

—Voy a avisarle a la gente —gimoteó María Zapata.

Tomasa se acercó a la hamaca y rezó, entre murmullos, un avemaría para que el ánimo de Avelino descansara en paz.

Fin

Perucho habla de las bicicletas del pueblo

Como apacibles gaviotas de colores, que anuncian al marinerero vigía que tierra firme está a poca distancia, aparecen en la carretera, ante el automóvil o el autobús que se aproximan a un pueblito de Venezuela, los ciclistas en sus variopintas bicicletas.

Son algunos hombres adultos que van de un pueblo o de un caserío al siguiente; otros, más jóvenes y adolescentes, que pasean sus alegrías por las afueras del terruño.

Llegando al pueblo se mira a los vecinos desplazándose en tan saludables vehículos, que sirven también para trabajar, como el repartidor con su bici de inmensa cesta de aluminio adelante del manubrio; el heladero, que pedalea en su trici-carrito musical; o el amolador, cuya rueda maravillosa le da para vivir –como lo poetizó Aquiles Naza en su Credo–, es parte de su velocípedo.

La bicicleta es usada, cual caballo, para arrastrar carretas muy originales, como esas que cargan las lavadoras de alquiler en Yaritagua, estado Yaracuy.

Antes que en las grandes ciudades, como Caracas; o series televisivas, como aquella llamada *Pacific Blue*, ya en los pueblitos llaneros de Venezuela la bicicleta era la patrulla del amigable policía.

De un lado a otro, para ir a la bodega, a casa del amigo, la tía, la madrina, la novia, al campo, a la escuela, solo o con acompañante en la parrilla, la bicicleta es parte del día

a día de muchos lugares de la provincia, como lo fue antes el caballo.

Particularmente, cuando voy llegando a mi pueblo, me luce familiar ver a mis amigos y parientes en sus ciclas. Así es en oriente y occidente y hasta en los empinados Andes. En grandes clubes de playa tienen sus aparcaderos. En las grandes ciudades demarcan, con una raya azul, las avenidas para su paso y habilitan sitios para aparcirlas.

En pequeños poblados del Perú las acondicionan para servir de transporte público. En Ecuador, las avenidas las reciben disciplinadas; en China hay reglas para facilitar su popular uso; en Países Bajos, las bicicletas han desplazado a los automotores, no hay edad para su uso.

En Colombia cierran largas avenidas para que los ciclistas las disfruten a su antojo. Toda una fiesta, como la que producen las grandes competencias ciclísticas: La Vuelta al Táchira, a Venezuela o el popular Tour de Francia.

Va unida también al crecimiento psicomotor de las personas. Es infaltable el triciclo de plástico que trae el Niño Jesús, que luego es reemplazado por la pequeña bicicleta con rueditas traseras. ¡Qué alegría cuando el niño o la niña anuncian, alegres, el “ya manejo sin las rueditas”! Después la de paseo, la montañera, la de velocidades.

El cine idealizó este medio de transporte, trabajo y entretenimiento. ¿Recuerdan la caricatura de los tres policías –“qué dice Harry, qué dice”– y su bicicleta de tres asientos; Chaplin y sus zigzags; El Postino; y tantas escenas románticas que adornan la filmografía mundial?

Este modesto vehículo ocupa gran parte de la vida de la humanidad. Es un inventó –Francia 1855, perfeccionado por Inglaterra en 1869– tan generoso que garantiza buen estado físico, no contamina y ahorra combustible. En los

años 60, 70 y 80 del siglo xx, fue una alternativa a la crisis energética y parte de la solución a la contaminación atmosférica. Nunca estará de más su buen uso, cualquiera que sea.

Garzas de acero que reciben al viajero, allá en el pueblo de Avelino.

Perucho y los temores de Avelino

Mientras escucho a Serenata Guayanesa, observo el mapa físico de Venezuela. Está surcado de caprichosas líneas, de venas azules, que corren y dan majestuosidad y prosperidad a cada rincón.

Recuerdo a un profesor de geografía, en cuarto año de bachillerato, mostrándonos las cuencas hidrográficas.

“La mayor de ellas –decía, señalando el mapa con una antena– es la del padre río: el Orinoco. Allí, directa o indirectamente, van a tributar la mayoría de los afluentes de los llanos, de Guayana y de oriente”.

Nos explicaba que muchos caen al Apure, el segundo más largo del país. Yo, curioso, busco el río Tiznados y el río Guárico. El primero da nombre a San Lorenzo, a San Francisco y a San José; se va hasta Guardatinajas, Corozal y Monte Oscuro, hasta caer al río Portuguesa. El segundo es el Guárico, río generoso que surte de agua a Caracas a través del embalse de Camatagua; y también de arroz a todo el país por el sistema de riego de Calabozo; termina cayendo en el río Apure.

Mi recordado profesor seguía con la cuenca del mar Caribe. Nos conversaba con alegría del Neverí; del Manzanares, el de la canción: “déjame pasar, que mi madre enferma me mando a llamar”; con añoranza del Guaire y del vital pero contaminado Tuy.

Se emocionaba al hablarnos de la cuenca del lago de Maracaibo, con sus caudalosos Escalante, Limón y Catatumbo, el del “eterno rayo”. Se entristecía cuando, inevitablemente, se refería a la contaminación del emblemático lago. La indignación lo invadía al conversarnos sobre la cuenca del lago de Valencia, en la que desemboca el que una vez fuera límpido y travieso como su nombre: el Cabriales.

Alrededor de los ríos han nacido las grandes civilizaciones de la historia de la humanidad, como la egipcia, junto al Nilo; y la mesopotámica, entre el Tigris y el Éufrates. Los ríos prestan sus alegres nombres para bautizar poblaciones y regalan con generosidad alimentos, riego, agua, energía, transporte, leyendas y sosiego.

Entre otros motivos, al viajar por nuestro país vamos atraídos por el agua dulce y renovadora del río o riachuelo del pueblo. Transparentes son los que bajan al piedemonte *andino*, zigzagueando entre piedras blancas; espumosos y energéticos los del macizo guayanés; cristalinos, cual esmeralda, los llaneros y orientales, que pasan regando de verdor las tierras.

Llamaba nuestro profesor a preservar sus cabeceras, sus márgenes; a no talar ni construir en sus orillas. Comentaba las consecuencias que puede tener la construcción de una represa para los ecosistemas, para los asentamientos, que hasta llegan a desaparecer si están en el lecho del embalse.

En China construyeron la presa más grande del mundo, que, con todo y sus progresos, sepultará siglos de historia y cambiará para bien o para la eterna nostalgia la vida de muchos, como pasó aquí con San Francisco de Tiznados –el terruño del prócer Juan Germán Roscio Nieves–, del cual solo quedan unas ruinas de la iglesia de 1805 y unas paredes

de una escuela construida cuando el dictador Juan Vicente Gómez.

Cuando el docente salió del aula, me acerqué al mapa, lo detallé, como si me zambullese en esos ríos. Visualizo, recuerdo, los múltiples cauces secos que pasan por debajo de los puentes de las carreteras de mi país; significa que de varias de esas serpenteantes líneas azules tal vez solo quede el nombre, porque los bosques de su cabecera y sus márgenes fueron arrasados por los monocultivos, por el pastoreo.

Quiere decir que un día volverá para reclamar su espacio. Cuando se seca un río muere un pedazo del pueblo, de su poesía, de su esperanza.

No dejes morir ese río por el que comenzó a existir el pueblo que te vio nacer o crecer.

El trajinar de los años



Abuelo llanero con liquiliqui clásico.



María Zapata iba de la capilla a la plaza. Foto de Adryángel Martínez.



Mujer llanera en su silla campechana.



Pablito trabajó hasta que llegó el tendido eléctrico al pueblo. Foto de Soraya González.

Conversas llaneras
O el viejo roble llamado Avelino
Digital
de la Cultura en mayo de 2024
Caracas - Venezuela





REINALDO BOLÍVAR (Guárico, 1966)

Natural de San José de Tiznados. Profesor titular universitario de carrera. Internacionalista, con posgrado en Relaciones Internacionales. Magíster en Economía Internacional y doctor en Patrimonio Cultural; doctor *honoris causa* en Historia, por la Unerg, y medalla de oro por la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial. Diplomático, primer vicescanciller de Venezuela para África; rector fundador del Centro de Saberes Africanos, Americanos y Caribeños. Conductor del programa radial *El Mundo en Venezuela* (RNV) desde 2003; promotor de la elevación de Matea e Hipólita Bolívar, Apacuana y Juan Germán Roscio Nieves, al Panteón Nacional. Autor de variados libros temáticos, entre los más recientes: *África, la historia no contada*, *Los olvidados del Bicentenario*, *juicio final al mestizo Juan Germán Roscio Nieves* y *El poder de nombrar y renombrar*. Ha recibido variadas distinciones nacionales e internacionales por su carrera profesional.

Conversas llaneras o el viejo roble llamado Avelino

Para quienes quieren adentrarse maravillosamente en la narrativa vivencial y compartir lo que pareciera ser una experiencia personal y subjetiva, una interpretación y los significados que se le dan a esa experiencia, *Conversas llaneras o el viejo roble llamado Avelino* es la obra de un auténtico contador de cuentos, heredero y legatario de esa valiosa herencia cultural venida de su pueblo llanero, San José de Tiznados, que lo configuran como un contribuyente sólido de la literatura venezolana. Está inscrita en el criollismo y costumbrismo no carente de transcendentalidad y universalidad, justamente empezando por lo humano, por las emociones, la pasión, la cotidianidad, las vivencias del hombre y la mujer en su relación con la naturaleza y consigo mismos. En un mundo como el actual, ante las amenazas de la superficialidad, frivolidad y excesivo individualismo, se celebra esta contribución que nos aleja de dichas asechanzas y nos ofrece una oportunidad de reencuentro humanizador y revalorización de nuestras tradiciones, de posibilidad de mayor arraigo y de identidad regional, para afianzar valores necesarios que nos brindan conciencia de ser y estar.



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA